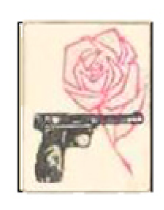


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Las fiestas de las mil prmaveras

Irkan, país imaginario, va a celebrar las fiestas de las mil primaveras, como han llamado a la fiesta conmemorativa a la que asistirán numerosos dirigentes de diferentes países. Y también multitud de periodistas, entre los que se contará la enviada del Morning News de Nueva York, la señorita Brigitte Monfort.



Lou Carrigan

Las fiestas de las mil primaveras

Brigitte en acción - 177

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2017

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—Las Fiestas de las Mil Primaveras —murmuró sonriente Brigitte Montfort—. No me negarás que el nombre es maravillosamente poético, Frankie.

—Pero es un despilfarro —gruñó Frank Minello—. ¡Es una terrible injusticia social!

—Vamos, vamos —rechazó Brigitte—. Todas las cosas tienen siempre dos vertientes, Frankie. Don José Ortega y Gasset dice…

—¿Quién es ese Ortega?

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, se quedó mirando ceñudamente a su mejor amigo, Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del «Morning News», matutino bajo la dirección de Miky Grogan y en el cual Brigitte era la estrella indiscutible. Sus reportajes en dicho diario neoyorquino causaban siempre sensación y eran cedidos a precios fabulosos prácticamente a todas las agencias de prensa del mundo… Lo que, desde luego, no era del conocimiento del mundo entero, era la doble personalidad de la dulce, simpática, elegante, delicada, aristocrática, deliciosa señorita Montfort: su personalidad de espía implacable, jamás vencida, y por cuya cabeza rusos y chinos ofrecían cantidades fabulosas… desde hacía años y años.

Sólo que la cabeza de *miss* Montfort, al parecer, estaba tan lejos de chinos y rusos como la más lejana estrella del firmamento.

—¿Que quién es ese Ortega? —clamó por fin, volviéndose hacia Miky Grogan, en cuyo despacho estaban los tres—. ¿Ha oído eso, Miky? ¡Frankie pregunta que quién es ese Ortega! ¡Qué barbaridad!

—Sí… —sonrió torcidamente Grogan—. Je, je… ¡Qué barbaridad!

—Por Dios… ¡No me diga que usted tampoco lo sabe! —Captó Baby la turbación de su jefe periodístico.

—Oh, sí… Sí lo sé, desde luego…

—¿De veras? Bueno: ¿quién es?

—Esto… Sí, sí… Ortega… Vaya, caramba, lo tengo en la punta de la lengua… Sí, mujer, Ortega…

—Oye —intervino Minello—, ¿no será aquel boxeador mejicano que…?

—Calla —se horrorizó Brigitte—. ¡Calla, calla! Santo cielo, ninguno de los dos lo sabe… ¡No lo saben!

—¡Ya sé! —insistió Minello—. ¡Hombre, claro! ¿Cómo he podido olvidarlo? ¡Es aquel torero español que vimos en…!

—¡Frankie! ¡Cállate!

—Bueno… —refunfuñó Grogan—. ¿Quién es?

—Fue. Lamentablemente, falleció hace ya años. Creo que fue en mil novecientos cuarenta y cinco. Don José Ortega y Gasset fue uno de los más claros y geniales representantes de las letras y del pensamiento que ha tenido España y el mundo entero.

—¡Aaaaaaah!… —Pareció rebuznar Minello—. Bueno, ¿y qué decía ese señor?

—Muchas cosas. Y una de ellas se aplica muy bien a lo que estamos comentando aquí. Me refiero a eso de las dos vertientes que puede presentar cada cosa. Yo digo que esas fiestas de las mil primaveras son poéticas, y tú dices que es un despilfarro. Pues bien: es posible que los dos tengamos razón, de acuerdo a la teoría de don José Ortega y Gasset. Te pondré un ejemplo que he leído en uno de sus libros, adaptado a nuestro ambiente… Supongamos que yo estoy viendo la Estatua de La Libertad desde Battery, y que tú la estás viendo desde un trasatlántico que está llegando a Nueva York. Los dos estamos viendo la estatua, tú por delante, yo por detrás. Muy bien: ¿cuál imagen de la estatua es la verdadera? ¿La que ves tú o la que veo yo?

—Supongo que las dos imágenes… ¿No? Bueno, quiero decir que vemos lo mismo, pero desde diferentes puntos de vista…

—¿Crees que alguno de los dos puntos de vista es falso?

—Pues… no. Zambomba, claro que no. Los dos estamos viendo la Estatua de La Libertad, y ninguno de los dos podemos negar que lo es, aunque la veamos diferente, dadas nuestras… diferentes posiciones.

—¡Un hurra por Frankie! —exclamó Brigitte, pegando un graciosísimo puñetazo en el aire—. Pues ésa es la cuestión: toda

verdad tiene dos o más vertientes; quizá infinitas vertientes. Por ejemplo, tú ves Las Fiestas de las Mil Primaveras como un despilfarro que implica una injusticia social para el subdesarrollado pueblo de Irkan. Puede que tengas razón: al menos, esa es tu verdad. Pero la verdad de Amuk Zakeva, emperador de Irkan, es que esos costosísimos festejos van a beneficiar a su país.

—¿Beneficiarlo? ¿Cómo?

—Vamos a ver… Según se dice, esos festejos van a costar a las arcas del tesoro de Irkan la friolera de mil millones de dólares, aproximadamente. Si pensamos que esa cantidad va a destinarse únicamente a diversiones, comidas y exotismos, es, ciertamente, una barbaridad, sin duda. Pero pasemos ahora al punto de vista de Amuk Zakeva, altísimo emperador de Irkan: todo ese gasto implica construcción de carreteras, dos aeropuertos, todo un poblado para acoger a sus regios invitados, mejora de las líneas de comunicación, relaciones cordiales con los monarcas y presidentes de todo el mundo, y, básicamente, extender el nombre de Irkan por todo el mundo, de tal modo que será mucho más conocido, y afluirán millones de turistas, que, a la larga, no sólo dejarán cantidades sustanciosas de divisas, sino que enseñarán a los irkanianos a conocer a otras gentes, a confraternizar, a convivir en paz… Es muy posible que en pocos años esos mil millones de dólares estén más que amortizados. ¿Qué dices ahora?

Frank Minello se rascó la coronilla.

—Bueno… ¿Cómo dices que se llama ese emperador?

—Amuk Zakeva.

—En Irkan, ¿eh?

—Claro.

—Pues voy a ir a ponerle un telegrama a ese sujeto diciéndole que bueno, que está bien, que sigan con los festejos.

Brigitte se echó a reír.

—¡Estoy segura de que el emperador agradecerá muchísimo tu aprobación! —exclamó—. ¡Qué tonto eres, Frankie!

—De todos modos —intervino Grogan—, Frankie tiene su pizca de razón, Brigitte: gastarse mil millones de dólares para celebrar los mil años de la fundación del Imperio de Irkan parece mucho dinero.

—Más dinero se ha gastado en llegar a la luna, querido Miky. Mucho más. Y desde el punto de vista humano, parece más

razonable educar y elevar el nivel mental y de vida de un país que ir a nuestro satélite a recoger unas cuantas piedras.

—¡Si te oyesen en la NASA decir eso…! —aulló Minello.

—Escucharían una verdad sobre la conquista de la luna. Luego, ellos podrían exponer otra verdad de indudables beneficios para la ciencia investigadora. Y seguramente podríamos encontrar muchas más verdades… aunque todas fuesen diferentes.

—Me estás liando —gruñó Minello—. Ya no sé si yo soy yo o Nelson Rockefeller.

—Creo que tú eres tú: Frank Minello.

—Bueno… —sonrió maliciosamente Frankie—. Esa es tu verdad. La mía puede ser diferente.

Se echaron a reír los tres. Miky Grogan revolvió los papeles que tenía sobre la mesa ante él y dijo:

—De cuando en cuando, Frankie hasta demuestra que tiene un cerebro… Diminuto, eso sí. Bien, Brigitte: ¿cuento con usted, o me va a hacer la jugarreta de negarse a ir a Irkan?

—Habría que pedirle permiso a la CIA —susurró Minello, mirando a todos lados como un conspirador.

—La CIA puede pasar sin mí —replicó Brigitte.

—¿De veras? —se desorbitaron los ojos de Minello—. ¡Ay, mi madre, qué chiste más bueno! ¡Este es el chiste del año…!

—Qué tonto y pesado estás hoy, Frankie…

—Naturalmente —insistió Grogan, que iba a lo suyo—, todos los gastos pagados, Brigitte. Entienda que podría ordenarle simplemente que fuese allá, pues para eso es usted empleada del «Morning News», pero preferiría que fuese por gusto personal, que se tomase interés por la serie de reportajes sobre esos festejos.

—En realidad —admitió Brigitte—, la idea me atrae bastante, Miky, pero… no sé. Todo esto de fiestas, lujos, bailes de gala y cosas así, no es lo mío.

—Oh, vamos —sonrió Grogan—. No sea modesta. Usted puede escribir sobre lo que le plazca, querida. Y, además, darle a sus artículos un giro especial, unas facetas que nadie espera… Mire, en Irkan se van a reunir para esos festejos milenarios reyes y presidentes de todo el mundo, invitados por el emperador Amuk Zakeva, así como personalidades privadas importantes. Las más importantes de todo el mundo. Será algo digno de ser narrado.

—Lo que más me gusta de esos festejos es el nombre —sonrió la divinísima espía—: Fiestas de las Mil Primaveras… Podían haber dicho, por ejemplo, Conmemoración Milenaria, mucho más serio…, pero menos poético. Y creo que si hubiesen dicho que era la Conmemoración Milenaria no tendría deseos de ir. Pero eso de las Mil Primaveras… Está bien, iré.

—Estupendo —suspiró Miky Grogan—. Por lo tanto, ya puedo estar seguro de que el «Morning News» publicará los mejores reportajes sobre la celebración del milenario de la fundación del Imperio de Irkan… No repare en gastos.

—¿Se encuentra bien, jefe? —sonrió irónicamente Minello.

—¿Quieres cerrar tu bocota de una maldita vez? —tronó Miky Grogan—. ¡Brigitte y yo estamos hablando de cosas serias! Y ahora que pienso…: ¿qué estás haciendo tú aquí?

—¿Yo?

—¡Tú!

—¿Aquí?

—¡Aquí! —comenzó a enrojecer Miky Grogan.

—Pues… estoy aquí porque… porque he venido.

—¿Y por qué has venido? —Golpeó Grogan la mesa, mientras Brigitte empezaba a reír.

—¿Es que no puedo venir al despacho de mi jefe?

—¿Eh? —Se pasmó Grogan.

—Le pregunto que si no puedo ven…

—¡Claro que puedes venir!

—Ajá. Pues aquí estoy.

Brigitte volvió a reír, un poco sofocada al intentar retener la risa. Pero más sofocado aún estaba Grogan. Sofocado y aturdido, como quien está hablando de matemáticas y de pronto le dicen que mañana es jueves.

—Frankie —masculló entre dientes, conteniéndose—. No estoy para bromas. Así que dime a qué has venido y déjanos que Brigitte y yo ultimemos los detalles de su viaje.

—¿Y ella no va a necesitar una fotógrafo? —preguntó Minello.

—¡No!

—Es que yo sé tomar muy buenas fotografías, jefe.

—Frankie: Brigitte sabe tomar mejores fotos que tú, y mucho más discretamente. No necesita a nadie para eso.

—Ah, sí… —susurró Minello—. Demonios, baje la voz, que pueden oírle, jefe.

—¿Quién puede oírme? —Bajó la voz Grogan.

—Los espías… ¡Están en todas partes! Y no querrá usted que nos maten a Brigitte, ¿verdad?

—No, no… —Grogan sacudió la cabeza y aulló—: ¡Haz el favor de decirme de una vez qué estás haciendo aquí!

—¿Yo? Nada.

—¿Pues por qué estás aquí?

—¡Zambomba, se ha levantado usted hoy de un espeso, jefe…! Ya le he dicho que estoy aquí porque he venido, ¿no?

—¡Pues márchate!

—Pero es que si me voy ya no estaré aquí…

—¡Pues no estés aquí!

—Pero, jefe: ¿cómo no voy a estar aquí si he venido? ¿Es que no me ve?

Miky Grogan se dejó caer en su sillón y se pasó la mano por el rostro, mientras los ojos contemplaban alucinados a Frank Minello, que parecía altamente sorprendido de la torpeza mental de su jefe. Brigitte se dio cuenta de que la mano de Grogan se deslizaba hacia el pesado cenicero de cristal y alzó las manitas.

—Bueno, bueno… —Apaciguó, todavía riendo—. Ya nos vamos, Miky. Tranquilícese. Pero antes de marcharnos, voy a resolverle sus dudas: Frankie está aquí porque me ha seguido. Me vio pasar, se puso detrás mío y ha llegado hasta aquí diciéndome cosas bonitas…

—¿Verdad que te han gustado? —Se ufanó Minello.

—Mucho —Brigitte le dirigió una mirada fulminante—. Especialmente ésa de que «si yo fuese un rábano, tú te convertías en vegetariano».

—¿No te gustan los rábanos?

—¿Los rábanos? —Parpadeó Brigitte—. Pues… sí…

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—Me quejo porque yo de rábano no tengo —de pronto apareció una expresión de terror en el rostro de Brigitte—. ¡Ah, no! ¡A mí no me dejas turulata, como a Miky! *Ciao*!

—Pero si los rábanos son preciosos… ¡Y hasta poéticos! Con su tono de rojo transparente, sus verdes hojas llenas de gotas de mañanero rocío que…

¡Blam!, resonó la puerta del despacho de Grogan, a espaldas de Brigitte, que huía en verdad aterrada de los jeroglíficos verbales de Frank Minello.

—Se ha ido… —murmuró Grogan—. ¡Se ha ido!

—Pues… ya volverá —sonrió Minello—. Lo que no volverá será el cabello que está usted perdiendo, jefe. ¡Se está quedando tan calvo como… como el tío calvo con aspecto de buitre que Brigitte tiene el cariñosísimo gesto de llamar tío Charlie!…

* * *

—Ah, tío Charlie —sonrió Brigitte, entrando en el *living* de su lujoso apartamento en la Quinta Avenida—. ¿Me está usted esperando a mí?

—¿A quién, si no? —refunfuñó Pitzer, poniéndose en pie.

—Pues no sé… Claro, a mí. Es que vengo acordándome de los despropósitos de Frankie, y…

—¿Ha venido con usted? —Se aterró Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA.

—No, no… ¡Cálmese! —rió la bellísima espía—. Se ha quedado en el periódico, con Miky Grogan.

—¡Pobre Grogan!

—Oh, ya se lo habrá quitado de encima. Bueno, tío Charlie, perdóneme, pero tengo muchas cosas que hacer…

—¿Ocurre algo?

—Nada importante. Me voy de viaje… a Irkan, para eso de la celebración de los mil años de la fundación del Imperio: Las Fiestas de las Mil Primaveras… ¿No le parece un nombre… arrullador? Oh, supongo que sabe de lo que le estoy hablando.

—Sí, claro.

—No es un trabajo que se adapte mucho a mis gustos, pero… ¿por qué no? Espero conseguir magníficos reportajes. ¿Se imagina, tío Charlie? ¡Reyes por docenas, presidentes a cientos, invitados importantísimos de todo el mundo a miles…! Me pregunto qué clase de protocolo va a haber allá, Santo Dios. ¿Se ha enterado de que el emperador Amuk Zakeva ha mandado construir una especie de ciudad en el desierto, a treinta kilómetros de la capital, sólo para alojar a sus regios invitados?

—Algo he leído, sí… Creo que esa ciudad en el desierto va a llevar el nombre de Heliopolis.

—¡Exactamente! Sí —recapacitó Brigitte—. Espero que será digno de verse todo… Todo lo que nos dejen ver, claro. Los periodistas tendremos que aceptar ciertas limitaciones, o seríamos expulsados… Y nos alojarán en Kattak, la capital. ¿Qué opina usted de estas Fiestas de las Mil Primaveras?

—¿Yo? —Pitzer encogió los hombros—. Nada. Allá ellos.

—He aquí un hombre feliz, un hombre sin opinión —dijo Brigitte, distraída—. Ah, Peggy, querida, tenemos muchas cosas que hacer, muchas. Ropa de verano, pero mucha…

—¿Se va de viaje la señorita? —preguntó el ama de llaves de la espía.

—Sí, a Irkan… Ya sabes, eso del emperador… ¡Dicen que traerán a Heliopolis más de cien elefantes!

—¿Para qué?

—¿Y yo qué sé, hijita? Comprendo que el emperador haya adquirido cien «Rolls Royce» para ponerlos a disposición de los invitados durante su estancia en Irkan, pero… no creo que la reina Yolanda, por ejemplo, se decida a viajar en elefante, con sus casi noventa kilos de peso… ¡Pobre majestad! Oh, creo que también habrá cien carrozas, corceles blancos, camellos, una enorme, enorme parada militar… ¿Y qué dirás que han hecho en pleno desierto?

—¿Qué han hecho? —Abrió mucho los ojos Peggy.

—¡Han creado todo un verdadero y enorme jardín! Flores exóticas de todas clases: orquídeas, crisantemos, albiscos, rosas… y hasta esas pequeñas y raras flores de Manchuria… Sí, creo que será interesante ver todo eso. ¡Vamos, ¿qué esperas?!

—¡En seguida, señorita! —Respingó Peggy.

—Bien… —Brigitte se dejó caer en el sofá—. Tendré que llevar mucha ropa, zapatos, cosas de ésas… La verdad es que casi prefiero que me enviase usted a uno de esos trabajos en los que sólo tengo que llevar una maleta y mi maletín rojo con florecillas azules: se viaja más cómodamente, y… —De pronto, su azul, purísima mirada, se clavó con sobresalto en Pitzer—. A propósito, tío Charlie: ¿qué hace usted aquí?

—¿Yo?

—¡Usted! ¡Y no me diga que está aquí porque ha venido!

—Yo no digo tonterías —refunfuñó Pitzer.

—Ah, qué alivio. Bueno —los maravillosos ojos se entornaron astutamente, expectantes—. ¿Quería usted algo de mí?

—No, no.

—¿No? ¿Pues a qué ha venido?

—Oh, por gusto… Pasaba por aquí… Sí, pasaba por aquí y pensé que debía saludarla.

—¡Qué amable!

—Sí… La primavera nos vuelve a todos un poco más amables.

—Eso debe ser. Vaya, vaya… Conque… a saludarme, ¿no?

—Sí, sí, a saludarla.

La espía más audaz, astuta, peligrosa e inteligente del mundo se quedó mirando con suma atención a su jefe de Sector.

—Pues muy bien. Y muy agradecida. ¿Le he dicho ya que me voy a Irkan?

—Sí. A la capital, eso he entendido. Le deseo un feliz viaje. ¿Por qué me mira así?

—Hum… —Hizo Brigitte un delicioso mohín—. ¡Hum, hum, hum!

—¿Qué quiere decir ese «hum»?

—Nada —sonrió Brigitte con ingenuidad angelical—. Nada. Oh, perdóneme, tío Charlie, pero tengo que tomar el primer avión que pueda… ¡Quisiera llegar cuanto antes a Kattak! ¿No le parece magnífico viajar como simple periodista, sin tener en perspectiva ningún lío de espionaje?

Capítulo II

—Dicen que han traído cuadros auténticos de los más famosos pintores para decorar esos chalets que ocuparán los reales invitados —aseguró Pietro Santi—. ¿Se imagina? ¡Eso sólo ya le habrá costado una fortuna al emperador!

—Es muy posible —admitió la señorita Montfort—. Sin embargo, no me sorprendería que cuando las fiestas terminen, el emperador decida construir un Museo para exponer esos cuadros. Con ello, conseguirá aumentar la cultura pictórica del país, y conseguirá un incentivo más para atraer el turismo internacional. Es claro que para amortizar lo que han costado los cuadros, por medio del precio de las entradas al Museo, tardará muchos años, pero mientras tanto no podemos negar que, con ese Museo, Irkan tendrá una riqueza.

—No está mal pensado —admitió Santi.

—Yo creo que no hay nada que esté mal pensado en esas Fiestas de las Mil Primaveras.

—¿Y la comida? —deslizó Pietro Santi después de unos segundos de reflexión—. ¿No le parece eso un despilfarro? Hay cuatro *jets* destinados exclusivamente a traerla desde París, desde «Chez Albert»…

—Mi querido amigo —rió la bellísima señorita Montfort—. No olvide que esos invitados son reyes y presidentes de todo el mundo. No se puede invitar a tales personajes y darles a comer judías con tocino.

—Es de suponer que habrá otra clase de tocinos…, digo de comidas, en Irkan.

Brigitte se echó a reír. En el aeropuerto romano de Fiumicino había encontrado a Pietro Santi, famoso periodista italiano, que también iba a Kattak, y desde aquel momento, Pietro se había convertido en su «dama de compañía». Era un hombre alto,

delgado, con cara de muchacho pícaro, ojos negros y cabello largo y rizado. Su vivacidad era agotadora, y habría resultado definitivamente insoportable si Pietro no hubiese sido, a la vez, auténticamente simpático. Tenía una sonrisa capaz de desarmar un carro de combate, estaba de buen humor en todo momento, y, por cierto, su conversación demostraba sin lugar a dudas que era hombre culto en verdad.

En cierto modo, salvando las diferencias físicas, se parecía al atolondrado Frank Minello.

—Desde luego, no creo que les den tocino —admitió Brigitte—, ya que su religión prohíbe a los musulmanes esa clase de alimentación. Pero supongo que harán unas gachas terribles, o unos estofados de carnero condimentados de tal modo que los paladares reales arderían al probarlos.

—Está bien, está bien… Pero, ¿es necesario utilizar vajilla de Bohemia para servir esos manjares traídos expresamente de París?

—¡Pero querido Pietro…! ¡No querrá usted servir a sus majestades esos platos tan exquisitos en platos de vulgar barro…! ¡Eso no tendría sentido!

—Oiga, usted es dura de pelar, ¿eh? —refunfuñó simpáticamente Santi—. Santa Madona, tiene respuesta para todo.

—Así parece… —sonrió Brigitte—. Pregúnteme cuánto tardaremos en llegar a Kattak.

Pietro Santi parpadeó.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Kattak? —preguntó.

—Muy poco: ya veo desde aquí el Golfo Arábigo —rió nuevamente Brigitte, señalando por la ventanilla.

Pietro Santi se inclinó hacia la ventanilla por delante de Brigitte, y, en efecto, divisó, todavía muy lejos, la mancha azul-gris del mar, diferenciándose claramente de la tierra parda, seca. El día era claro, luminoso, con un sol centelleante de auténtica primavera.

—Mala suerte —musitó el romano.

—¿Mala suerte? —se sorprendió Brigitte.

—Pésima suerte, porque, a menos que consiga cambiarme a su hotel, temo que nos veremos muy poco durante estos días.

—¿De verdad piensa buscar alojamiento en mi hotel?

—¡Naturalmente! Ya sé que todos los periodistas que nos hemos desplazado a Irkan vamos a estar ocupadísimos, pero supongo que

la vida no es sólo trabajo, y tengo la certidumbre de que para divertirse un rato, usted tiene que ser una compañera perfecta.

—Muchas gracias.

Pietro se la quedó mirando, risueño.

—No sé qué está pensando, pero le aseguro que no soy un… moscón pesado. Desde luego, si usted quisiera, nos casábamos aunque fuese con rito musulmán, pero… sucede que yo estoy acostumbrado a que sean las mujeres las que me hagan proposiciones.

—¡Le creo! —rió una vez más Brigitte—. ¡De verdad le creo…!

—Pero usted no parece de ésas, ni muchísimo menos.

—¿Quién sabe? Sólo tiene que ser paciente, y a lo mejor su táctica le da resultado.

—¡Hum!

Seguidamente, Pietro Santi se dedicó a disparar unas cuantas fotografías por la ventanilla hacia el Golfo Arábigo, que parecía ir acercándose velozmente. Ni un momento siquiera se había separado Santi de su cámara fotográfica. Estaba dispuesto, había dicho, a presentar el mayor, más perfecto y completo reportaje periodístico sobre las Fiestas de las Mil Primaveras. Y, además, simplemente, no había nada que le gustase más que la fotografía. Lo fotografiaba todo, absolutamente todo. Incluida, naturalmente, su bellísima colega norteamericana, a la que había identificado en Fiumicino apenas verla:

«—Perdone, señorita —se había expresado en correcto inglés—, ¿no es usted miss *Brigitte Montfort, la periodista americana, "Premio Pulitzer"…?*

»—Sí… En efecto —le había sonreído ella.

»—Yo soy Pietro Santi, del "Corriere Romano", el mejor periodista del mundo… después de usted, claro. Naturalmente, va usted a Kattak, a Irkan, para eso de las fiestas.

»—Así es, señor Santi.

»—Pues está usted de suerte: va a contar con mi compañía durante el viaje…».

Sonriendo, Brigitte recordaba esto, mientras Pietro tomaba las fotografías. En realidad, había sido bastante suerte, ya que la había

distraído con bromas, chistes, y, si así procedía, con una conversación culta y seria…

—No sé qué tal saldrán estas fotografías —dijo Santi—. Si se toman a tanta distancia suelen carecer de interés.

—Estoy segura de que tomadas por usted resultarán perfectas.

Pietro la miró de nuevo sonriente.

—A decir verdad, en el fondo yo también lo pienso así.

Volvieron a reír. Y en aquel momento, por los altavoces comenzaron a impartir las instrucciones para el aterrizaje.

* * *

En El Mousa, aeropuerto internacional de Kattak, a siete kilómetros de la capital, no tuvieron la menor dificultad, e incluso recibieron sonrisas al mostrar sus credenciales de periodistas. Pietro Santi ayudó a Brigitte Montfort con su equipaje, la dejó instalada en un taxi y, haciendo honor a sus palabras de que no era un moscón pesado, se despidió de ella, asegurándole que iba a remover cielo y tierra hasta conseguir instalarse en el «Éufrates Hotel», al cual se dirigiría Brigitte…, la cual, mientras Santi se despedía, estaba mirando a un árabe, de reojo; en cambio, el árabe la estaba mirando a ella fijamente, descaradamente, de pie en la salida del aeropuerto. Un árabe bajo, de hombros anchísimos y espesa barba a lo sultán, ataviado con blanca chilaba. Sus ojos, de una negrura absoluta, parecían dos puntas de lanza que quisieran clavarse en la periodista americana.

El taxi de ésta partió hacia Kattak, mientras ella, vuelta en el asiento, miraba al árabe, que corrió hacia un viejo coche, se metió dentro y salió detrás. Durante el breve recorrido, el coche del árabe permaneció a la misma distancia y la espía internacional, fruncido el ceño, comenzó a pensar que una vez más había cometido una terrible equivocación al no haber llevado en aquel viaje su maletín de «trabajo», y, especialmente, al hecho de llevar su pistolita en el baúl grande.

Kattak era una ciudad amplia. Amplia en todo, al menos en aquella parte. Situada muy cerca del Gran Río, recibía de éste los beneficios de la humedad natural y de agua abundante que permitía cuidar numerosos jardines llenos de flores de todos los colores,

adornados con altísimas palmeras, por entre las cuales, de trecho en trecho, se veía el minarete de una mezquita blanca, refulgiendo al sol. El tránsito rodado era más bien escaso, lo cual llevó a Brigitte a pensar en Manhattan, donde viajar en coche era poco menos que un suplicio.

Cuando llegaron al «Éufrates Hotel», el coche del árabe de la blanca chilaba se detuvo un centenar de metros más atrás y el conductor se apeó para volver a mirar descaradamente en dirección a Brigitte, la cual, impávida, entró en el hotel, dejando el cuidado de su equipaje en manos de dos empleados, que incluso se ocuparon de pagar el servicio del taxi. Y apenas diez minutos más tarde, Brigitte Montfort quedaba instalada en la *suite* reservada por Miky Grogan telegráficamente desde Nueva York.

Una *suite* espléndida, de blancas paredes, cortinas azules, mosaico floreado en el espacioso cuarto de baño y con una terraza que daba a la más importante avenida de la ciudad, Al Mandih, y desde la cual, a lo lejos, se veía la mancha azul del mar, como flotando por encima de cientos, miles de palmeras… También desde la terraza pudo ver abajo al árabe, que merodeaba por delante del hotel, al parecer indeciso.

Brigitte volvió a fruncir el ceño y regresó al interior de la *suite*. Fue directa al baúl, sacó de él la pistolita de cachas de madreperla y la adhirió a su muslo izquierdo, según costumbre, con un trozo de esparadrapo; pero no de color carne, sino blanco, del que encontró en el cuarto de baño.

Luego se dedicó a sacar su equipaje y fue colocándolo con su habitual orden y meticulosidad en el armario… Terminada esta tarea que ya la tenía más que aburrida, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

«Bien… —pensó—. ¿Por dónde empiezo? Supongo que lo primero que debo hacer es ir a Heliopolis, tomar unas cuantas fotografías y notas para mi primer artículo y enviarlo cuanto antes, como preliminar al reportaje…».

La llamada a la puerta de la *suite* ahuyentó sus pensamientos. Saltó de la cama y se colocó, desconfiada, a un lado de la puerta.

—¿Quién es? —inquirió.

—¿No lo adivina? —rió un hombre en el pasillo.

Sonriendo, Brigitte abrió la puerta y Pietro Santi entró en la *suite*

con los brazos abiertos.

—¡Lo he conseguido! —exclamó.

—¿Ha encontrado alojamiento en este hotel?

—¡Estoy en el piso de abajo, en la trescientos once!

—¿Cómo ha podido lograrlo? Todo tiene que estar lleno de turistas y, especialmente, periodistas…

—¡Ahí está el truco! Me fui a mi hotel y convencí al director para que se pusiera en contacto con el de éste, solicitando un cambio de cliente… ¡Y convencimos a un periodista ruso!

—¿Un ruso?

—Ajá. Hay muchos en Kattak. Le dijimos a nuestro colega soviético que yo había dado esta dirección a mis jefes y que, además, aquí estaba alojado un compañero de Roma, que si no le importaba… En fin, un cuento moro.

—¿Y el ruso aceptó?

—¡Claro! ¡Un gran muchacho, todo un colega!

—Tiene que serlo —musitó Brigitte.

—Para que luego critiquen a los rusos… Bueno, ¿qué vamos a hacer esta tarde?

—Yo había pensado descansar el resto del día.

—Pues… ¡buena idea! ¿Cenará conmigo?

—¿Puedo decir que no?

—No aceptaría esa respuesta… —rió Santi—. Pero la voy a dejar descansar hasta las seis. Mientras tanto, voy a ver si consigo un vehículo adecuado para desplazamientos por estos desiertos. Tengo entendido que hay lugares muy interesantes en cincuenta kilómetros alrededor de Kattak…, empezando por Heliópolis, naturalmente. ¿Sabe que muy cerca de aquí hay un conjunto de columnas de no sé qué siglo y no sé qué templo?

—No.

—Me gustaría fotografiar eso… Oiga, una idea: ¿quiere que a las seis demos un paseo en camello hasta esas ruinas?

—¡Por Dios…! ¡En camello!

—¿No ha montado nunca en camello?

Brigitte Montfort abrió la boca, a punto de decir que ella había montado incluso en llama, en plenos Andes[1], pero se contuvo.

—Alguna vez —dijo simplemente—. Y le aseguro que prefiero ir en «Cadillac».

—¡Pero si será divertidísimo…! ¡Oh, vamos, no puede negarme esto, Brigitte!

—Está bien —suspiró ella—. Venga a buscarme a las seis.

—¡De acuerdo! Yo me ocuparé de todo, y verá… ¡Lo vamos a pasar…! —Pietro Santi casi respingó cuando sonó el teléfono, pero en seguida, haciendo una seña a Brigitte, fue hacia el aparato—. Yo contestaré, usted descanse… Debe ser número equivocado… ¡Diga!

Se quedó inmóvil, muy atento…

—¡Diga! —insistió—. ¿Quién es?

Alzó las cejas, un poco mosqueado. Colgó el teléfono y se volvió hacia Brigitte.

—Han colgado… —refunfuñó—. Bueno: ¿a las seis?

—En punto —murmuró Brigitte.

Pietro Santi se despidió y la espía internacional quedó pensativa, mirando el teléfono. Estuvo tentada de interesarse por la llamada en la centralita del hotel, pero decidió permanecer a la expectativa. Obedeciendo un súbito impulso, salió a la terraza y miró hacia la avenida, en busca del árabe con barba de sultán… Pero no lo vio por parte alguna.

—¿Qué está ocurriendo? —murmuró.

Volvió a tenderse en la cama, pensativa. Pietro había mencionado a un ruso, pero era absurdo hacer cábalas sobre la presencia de uno o varios periodistas de esta nacionalidad en Irkan; por supuesto, en tan grande acontecimiento de repercusión mundial, habrían acudido periodistas de todo el mundo, de todas las nacionalidades…

* * *

A las seis en punto de la tarde, Pietro Santi acudió en su busca. No sólo había contratado ya el paseo en camello, sino que había conseguido alquilar, a precio un tanto abusivo, un viejo automóvil que, por el momento, «se resistía a morir». En este vehículo fueron hasta la plaza de Abu Seik, en los límites de la ciudad, donde les estaba esperando un camellero con tres camellos. El hombre hablaba solamente francés, y no precisamente bien, lo cual le ocurría también a Pietro Santi, que lanzó una exclamación de alegría cuando Brigitte, con su impecable francés, comenzó a servir

de insustituible mediadora…

Cuando partieron hacia las ruinas bamboleándose sobre los impertérritos camellos, en la plaza de Abu Seik quedó el árabe de la barba, mirándolos desde el interior de su coche.

Y, naturalmente, su presencia no pasó inadvertida para la espía más peligrosa del mundo.

* * *

Después de que Pietro Santi hubo gastado todo un rollo de película tomando fotografías a todo lo que se le puso por delante, emprendieron el regreso, en condiciones casi cómicas: Brigitte y el camellero-guía lo hicieron sobre los camellos, pero Santi prefirió hacerlo a pie, pues no aceptaba de ningún modo la idea de volver a sentarse en aquella bamboleante silla incómoda. Aún más: aseguró que iba a tardar mucho tiempo en poder volver a sentarse.

En la plaza de Abu Seik, por supuesto, estaba esperando el árabe de la barba, en su coche. Y cuando llegaron al hotel en el viejo cacharro alquilado por Santi, tras ellos llegó el árabe, que esta vez se detuvo mucho más cerca, apenas a veinte metros. Para entonces, eran más de las nueve de la noche y se habían encendido las luces de la ciudad que, ciertamente, no proporcionaban tanta claridad como el sol.

Y, sin embargo, la aguda vista de Brigitte Montfort, vuelta hacia el árabe de la barba altiva, no necesitó más para identificar en el acto lo que aquél mostraba en una mano al apearse del coche: un maletín rojo con florecillas azules.

Capítulo III

Por un instante, la mirada de Brigitte quedó fija en aquel maletín que para ella era absolutamente inconfundible. Luego, alzó la mirada hasta los ojos del árabe que, tras convencerse de que ella se había percatado, volvió a entrar en su coche.

Eso fue todo.

—Santa Madona… —decía Pietro—. ¡Tendré que cenar en pie…!

—Podemos dejarlo para otro día —musitó Brigitte.

—¡De ninguna manera! Pediré un par de esos cojines de bellos colores a que son tan aficionados los árabes… ¿De verdad no sientes molestias en… en esta parte del cuerpo? —Se tocó el fondillo de los pantalones.

—De verdad —rió quedamente ella—. Pero sí estoy francamente cansada, Pietro. Todo el viaje, el paseo de esta tarde… Ya sé que te prometí cenar contigo, pero, te lo ruego: ¿no sería mejor que esta noche descansásemos los dos?

—Bueno… Vaya, si realmente estás tan cansada…

—Estoy agotada.

—Está bien. Bueno, vamos a tomar una copa al bar, al menos…

—He visto una tienda abierta al pasar con el coche y algo del escaparate me ha llamado la atención —sonrió Brigitte—. Voy a ver si lo compro.

—Te acompañaré…

—No, no. Ve a darte un buen baño caliente. No quiero aburrirte con esas cosas. Hasta luego.

—Pero…

Brigitte dio media vuelta y se alejó en dirección al coche del árabe barbudo. Pasó junto a él, mirándole. El árabe también la miró, esperó a que pasase y puso en marcha el coche. Al llegar a la esquina, Brigitte volvió la cabeza y vio el coche dando la vuelta. Siguió caminando y segundos después el coche se detenía junto a la

acera, un poco por delante. Sin vacilar, la espía llegó hasta allí, abrió la portezuela y entró, sentándose junto al árabe, mirándole atentamente.

—¿Y bien? —susurró.

—¿Es de usted el maletín que ha visto antes? —preguntó en aceptable inglés el hombre.

Brigitte lo recogió del piso, lo abrió, y examinó brevísimamente su contenido, aunque no hacía falta.

—Parece que sí —admitió.

—Ha llegado a Kattak hace tres horas y pico, procedente de Estados Unidos. Para hacerlo llegar hasta aquí se ha utilizado a un hombre de la CIA, que me lo ha entregado para que yo se lo entregue a usted.

—Me ha estado siguiendo desde que llegué a Irkan… ¿Por qué?

—Recibí la orden de ir al aeropuerto a esperar a la más bella pasajera de ojos azules que pudiera soñar. Tenía que hablar con ella, pero usted ha estado todo el tiempo acompañada… Incluso cuando la llamé por teléfono al hotel. Ya no sabía cómo hacerle entender que tenía que hablarle, cuando llegó el agente de la CIA con este maletín; me dijo que él tenía que regresar inmediatamente, y que yo debía entregárselo a usted, que comprendería.

—¿Qué es lo que tengo que comprender?

—Yo no sé. Mis órdenes eran entrar en contacto con usted y luego explicarle lo que sucede.

—Muy bien. ¿Qué sucede?

—Hay dos agentes americanos amenazados de muerte en Kattak. Están escondidos muy bien, por ahora. Pero en cuanto salgan de ese escondite, los rusos los matarán.

—¿Por qué? —Se tensó la voz de Baby.

—No lo sé. Yo sólo soy el residente de la CIA en Kattak. Ellos lo sabían, fueron a pedirme ayuda, los escondí, y me dijeron que comunicase su peligrosa situación. Horas después, se me informó que debía ir a esperarla a usted al aeropuerto y contarle esto. Nada más.

Brigitte asintió con la cabeza. Las cosas estaban clarísimas ahora… Tío Charlie había ido a su apartamento para enviarla a Kattak, precisamente. Y al enterarse de la gran casualidad de que ella iba a partir hacia allí en misión periodística, se había limitado a

ahorrarse explicaciones que quizá resultasen penosas. Luego, había avisado de que la esperasen… mientras un Simón partía de Nueva York con su maletín, con lo cual no se podía hacerle entender más claramente que esperaban que Baby entrase en funciones… Ya le había parecido notar algo raro en tío Charlie, desde luego… ¡El viejo zorro…!

—¿Cómo se llama usted?

—Kamel Namir.

—¿Puede llevarme ahora mismo adonde están esos dos agentes americanos?

—A partir de ahora yo sólo tengo que hacer todo aquello que usted ordene.

—Vamos a verlos.

Kamel Namir asintió con la cabeza y arrancó. Pocos minutos después llegaban a la parte vieja de la ciudad, llena de arcos y soportales, unas pocas calles anchas con techado de cañas, y luego todo un laberinto de callejuelas por el cual no podía circular el coche, de modo que Namir tuvo que pararlo ante una gran entrada en arco, pegado a la pared lo máximo posible. Por todas partes se veían árabes, algunos vestidos a la europea… De cuando en cuando, turistas de raza blanca, en grupo, risueños, cambiando comentarios.

—¿Tenemos que llegar a pie? —preguntó Brigitte.

—Sí.

—No quisiera llamar la atención. ¿Puede conseguirme alguna ropa como la de usted?

Kamel Namir vaciló un instante. Luego, se quitó su chilaba, y la tendió a Brigitte, quedando él en pantalones y mangas de camisa. La espía se puso la chilaba, se descalzó, y tras colocarse el capuchón, asintió y salió del coche, llevando bajo la chilaba su maletín.

Caminaron uno junto a otro, sin que nadie les concediese la menor importancia. Poco después, Kamel Namir abría una recia puerta de forma oval y señaló su interior. Entraron los dos, él cerró la puerta y encendió una luz. Un pasillo al fondo. Lo recorrieron en silencio, hasta llegar a la puerta del fondo. Una vez abierta, Brigitte vio el estrecho tramo de escalones que descendía. Al llegar abajo, la oscuridad era absoluta. Namir encendió una luz, una sucia bombilla que pendía del techo, llena de telarañas. Eso, y unos cuantos

cajones podridos era todo lo que se veía. Brigitte miró casi perversamente al árabe, entornando los ojos. Si aquello era una trampa, Kamel Namir sería el primero en…

—Soy yo —dijo de pronto el árabe—. He venido con la mujer.

Por detrás de los cajones podridos aparecieron dos hombres, pistola en mano, y se quedaron mirando a Brigitte, que se pasó la lengua por los labios, observando atentamente aquellas caras barbudas, la expresión de alerta de ambos hombres, su vacilación…

—¿Simón? —susurró.

Los dos hombres lanzaron una exclamación a la vez, y salieron de detrás de los cajones, guardando las pistolas con el gesto de quien acaba de recibir la mejor noticia de su vida.

—¡Baby! —Casi gritó uno—. ¿Realmente es usted…? ¿Es usted la mujer que…?

—Cálmense. ¿Acaso no me esperaban?

—Bueno… Kamel nos dijo que le habían ordenado ir a esperar a una mujer, y pensamos que podía ser Baby, pero… no queríamos hacernos ilusiones. ¡Estamos rodeados de hombres de la MVD!

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Bueno… Nosotros matamos a uno de ellos…

—¿Mataron a un agente ruso? ¿Por qué?

—Pues… él nos atacó.

—¿Él les atacó primero?

—Le juro que sí —intervino el otro.

—¿Por qué?

—Pues no sé… Bueno, claro, él no nos conocía, me parece…

—¿No los conocía? —Alzó las cejas Brigitte—. No entiendo esto muy bien. Por favor, explíquense bien, desde el principio.

Los dos Simones se miraron y uno de ellos asintió con la cabeza.

—Usted ya sabe lo que pasa: en sitios como éste, sin gran importancia, los agentes secretos de algunos países acabamos por conocernos y la táctica que adoptamos es la de hacernos el tonto. Hacemos y dejamos hacer. Cada cual a lo suyo…

—El espionaje soñado —sonrió Brigitte—. Pero ustedes dicen que ese ruso les atacó.

—Sí. Verá… Hace unos días, nosotros le vimos en Kattak, con otro de los rusos que sí conocemos. Comprendimos que era nuevo, recién llegado, y pensamos que sería buena idea seguirlo durante

algunos días. Cuando llega un agente nuevo, casi siempre suceden pequeñas novedades… Pues bien: ese ruso nos despistó. Le perdimos de vista. Pero, tres días más tarde, volvimos a verle cuando salía de una tienda de artículos fotográficos. Es fácil imaginarse nuestra sorpresa, pero, por supuesto, decidimos seguirlo… Es decir, le seguí yo, mientras él —señaló a su compañero— entró en la tienda de artículos fotográficos, por si podía enterarse de algo. Luego, me llamó por la radio y le dije que se reuniese conmigo: el ruso había ido al domicilio de uno de sus compañeros residentes y estuvo allí casi dos horas. Cuando salió, nosotros fuimos tras él con el coche. Iba a pie y evidentemente se dio cuenta de que lo seguíamos con el coche, así que buscó calles por las que, los coches no pueden circular. Nosotros dejamos el coche y continuamos a pie tras él. Le vimos entrar en un café y desde allí telefoneó. Creemos que a sus compañeros, pues de otro modo no se explica que ellos apareciesen por allí, en masa, a los pocos segundos de haberlo matado nosotros…

—Han dicho que él les atacó, ¿no?

—Sí… Debió ponerse nervioso. Si hubiese sido cualquiera de sus compañeros residentes aquí, ni nos habría hecho caso, pero él se asustó, o perdió los nervios… De pronto, en una callejuela, se volvió y disparó contra nosotros. Su disparo pasó rozando mi cabeza, se lo juro. Entonces, disparamos nosotros. Nadie se dio cuenta, pues era una calleja solitaria, miserable… Él —volvió a señalar a su compañero— dijo que sería conveniente quitarle las fotografías y…

—¿Qué fotografías?

—Las que había revelado en la tienda que hemos mencionado —explicó el otro Simón—. Yo me enteré de que había hecho revelar un carrete entero, pero que, al mismo tiempo, él pidió utilizar el laboratorio para revelar otras, dando una magnífica propina.

—Ya. ¿Tienen ustedes esas fotografías? ¿Las consiguieron?

—Tuvimos el tiempo justo de quitárselas y echar a correr, porque comenzaron a aparecer rusos por todas partes… Todavía no sé cómo pudimos romper aquel cerco. Luego, llamamos a Kamel y él nos escondió aquí… ¿Quiere ver las fotografías?

—¿A usted qué le parece? —sonrió Baby.

Simón le entregó un sobre, en el cual estaba impreso el nombre y dirección de la tienda de artículos fotográficos. Sacó unas treinta

fotografías y comenzó a examinarlas, pasándolas rápidamente, ya que todas contenían lo mismo, al parecer: un poblado irkaniano construido en un oasis, fotografiado desde distintos ángulos, desde varias distancias.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Al Kotoura —dijo Kamel Namir.

—¿Al Kotoura? ¿Qué es exactamente?

—Un poblado que hay hacia el Norte, unos treinta kilómetros más arriba de donde nuestro emperador ha mandado construir Heliopolis. Como ve, está en un oasis.

—Sí, claro… ¿Qué significa?

—Nada absolutamente. Es un poblado.

—Hay estas otras fotografías —susurró Simón, tendiéndole otro sobre.

Brigitte lo tomó y se dio cuenta de que los dos agentes de la CIA la miraban muy atentamente, expectantes. Frunció el ceño, sacó las fotografías del segundo sobre y lanzó una exclamación. Luego se quedó mirando el rostro fotografiado del rey de Ongania. Pasó aquella fotografía, dejando visible la que correspondía a otro rey, ahora europeo. Luego, un presidente.

Luego, otro rey… Una reina, un canciller, un primer ministro, otra reina, otra reina, un rey, un presidente…

—En total, las fotografías de personajes reales y políticos son cincuenta —murmuró Simón.

—Pero… ¿qué significa esto?

—No lo sabemos.

—No entiendo nada…

—Ni nosotros.

—Bien… No sé… ¿Han estado estos personajes visitando ese oasis, quizá?

—No. Además, esas fotografías son de archivo, o sea, de ésas que todos los periódicos tienen… El ruso pudo conseguirlas de mil modos sin acercarse a esos personajes.

—Pero ¿qué relación puede haber entre estos reyes, reinas, presidentes… y Al Kotoura?

—Ni idea. Y, francamente, tan sólo de pensar que los rusos estén tramando algo contra estas personas durante los festejos, me parece una estupidez. Sería catastrófico.

—No, no, no… Oh, vamos, eso es absolutamente increíble, Simón. Caramba, es sorprendente esto, ¿verdad?

—Para nosotros es un enigma completo.

—Claro… ¿Qué clase de gente habita en este oasis, Namir?

—Gente corriente, de mi raza, desde luego. El poblado pertenece al gran jeque Isamal Ben Tuk, un hombre riquísimo, y allí viven hombres, mujeres, niños, ancianos, camellos, cabras, perros, en fin, lo normal en un poblado. Es un bonito poblado, pero nunca le ha importado demasiado a nadie. Hay muchos como ése alrededor de Kattak y en todo el país.

—Entonces…, ¿por qué un agente ruso ha fotografiado tantas veces precisamente éste? ¿Por qué?

Nadie contestó, desde luego, y Brigitte quedó sumida en meditaciones que a nada la condujeron. Simplemente, no encontraba la menor relación entre los personajes reales o políticos y Al Kotoura. Ni se le ocurría por qué el agente ruso había llevado encima aquellas fotografías. Las volvió a mirar, archivando en su formidable memoria a todos aquellos personajes que, invitados por el emperador Amuk Zakeva, habían acudido a Las Fiestas de las Mil Primaveras…

—Quizá convendría dialogar con los rusos —dijo de pronto.

—¿Está bromeando? —Respingó Simón.

—No.

—¡Pero hemos matado a uno de ellos!

—Él inició la pelea, ¿no es así?

—Sí, pero… ¡váyales con ese cuento a los rusos! No la creerán. Además, le quitamos las fotografías… Ellos tienen que creer forzosamente que nosotros le atacamos precisamente para quitárselas. Es lo que creeríamos nosotros.

—Sí… Es verdad. Mmm… Simón, espero que no me estén mintiendo a mí.

—¿Mentirle a usted? —Palideció el espía—. Por el amor de Dios, ¿qué está diciendo? ¿Qué supone sobre…?

—Está bien, está bien. Olvídenlo.

—Olvidado. Pero lo que no podemos olvidar es que si salimos de aquí, los rusos nos van a acribillar… a menos que a usted se le ocurra algún medio seguro, Baby.

—Tendré que estudiarlo… ¿Cuántos son ellos?

—Eso es lo extraño —murmuró Simón—. Son demasiados. Quiero decir que normalmente hay en Kattak dos o tres, como nosotros. Pero cuando acudieron en ayuda del que seguíamos, eran por lo menos siete u ocho.

—¿Tantos? ¿Está seguro?

—Nosotros no habríamos corrido tanto, ni estaríamos aquí enjaulados si fuesen sólo dos o tres, se lo aseguro —refunfuñó hoscamente Simón.

—Nadie les ha llamado cobardes —sonrió Brigitte.

—Bueno… Perdone, creo que he sido algo brusco…

—No importa —volvió a sonreír ella; y en seguida quedó meditabunda—. Es extraño: ¿por qué tantos rusos? ¿Qué significan las fotografías de ese poblado irkaniano y las de los personajes reales? ¿Qué pueden estar tramando?

—Nada bueno —aseguró Simón.

Baby movió la cabeza dubitativamente y todavía dedicó unos segundos a reflexionar. Acabó encogiendo los hombros.

—Está bien, ya veremos qué puedo hacer. Ustedes van a quedarse aquí, naturalmente, hasta que yo les avise… ¿Tienen radio de bolsillo?

—Sí, claro.

—Les llamaré si consigo solucionar esto. Mientras tanto, no intenten salir y no me llamen ustedes a mí salvo que sea imprescindible. ¿Necesitan algo?

—Kemal nos trae de todo.

—Estupendo. Kemal —se volvió hacia el árabe—: ¿sabe usted dónde tienen su guarida central los rusos en la ciudad?

—Sí, lo sé.

—Estupendo también. Pasaremos por allí y me la indicará. Luego, me dejará cerca de mi hotel, porque tengo que comprar algunas cosas si quiero justificar esta escapada… Y, además, quizá llegue a necesitarlas. Luego, permanecerá en todo momento lo bastante cerca de mí, con el coche, para que si llego a necesitarlo pueda contar con usted inmediatamente. Eso, salvo instrucciones en sentido contrario… Supongo que también usted lleva una radio.

—Sí.

—Pondré la mía en onda adecuada. Bien, vámonos —se acercó a los Simones y besó a ambos en las dos mejillas, risueña—. Siento

que se pierdan Las Fiestas de las Mil Primaveras, queridos.

—Si cada día de encierro aquí nos van a significar dos besos de usted —deslizó maliciosamente Simón—, yo acepto cadena perpetua.

—Lo mismo digo —sonrió Simón II.

—Les iré reservando dos besos por cada día de encierro —rió la divina espía—. Tengan calma, y… hasta la vista. Ah, una última cosa, y es una orden: no intenten nada ustedes solos.

Capítulo IV

—¡Me dejaste solo como un tonto! —protestó Pietro Santi.

—Lo siento de veras, Pietro —se disculpó la señorita Montfort—. Fui a comprar algunas cosas y luego me sentí tan cansada que me fui a dormir sin cenar siquiera. Puse en mi puerta el cartelito de «No Molesten», descolgué el teléfono, y… ¡a dormir!

—Ya me di cuenta de eso —refunfuñó Pietro—. Bien, la cosa no tiene remedio. El caso es que estuve fanfarroneando de tu amistad en el salón, abajo, y quedé como un cretino.

—No te entiendo.

—Bueno, llegaron ayer varios periodistas más a alojarse en el hotel, nos presentamos todos, estuvimos charlando… Les dije que les iba a presentar a Brigitte Montfort y eso me convirtió en una especie de héroe. Luego, sólo fui un pobre tonto… ¡Supongo que esta mañana no vas a darme esquinazo!

—No, no —rió Brigitte—. Prometido.

—Todos están esperando en el comedor. ¿Vas a bajar a desayunar?

—En cuanto me permitas terminar de arreglarme.

—Oh… Bueno, de acuerdo. Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Pietro Santi dirigió una última mirada a la más bella espía del mundo, que estaba en *deshabillé*, y soltó un bufido de admiración. Acto seguido, abandonó la *suite*, y Brigitte volvió al dormitorio. Del maletín sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada.

—¿Kamel?

—Dígame, señorita.

—¿Siguen los rusos acordonando la zona donde están nuestros amigos?

—Sí. ¿Vamos a intentar algo?

—No por el momento. Y menos a la luz del día. Además, esta

mañana se inauguran Las Fiestas de las Mil Primaveras, con una exposición histórica por parte del emperador, y no puedo faltar. Tengamos calma: quizá los rusos tomen alguna iniciativa que nos ayude a comprender lo que ocurre… Quédese en Kattak vigilándolos.

—Está bien.

—Es todo.

Quince minutos más tarde, la señorita Montfort aparecía en el comedor del hotel, ocasionando un murmullo de admiración y la alteración del ritmo cardíaco de los periodistas allí reunidos. Pietro Santi se apresuró a correr hacia ella, siendo imitado velozmente por los demás, que fueron estrechando su mano y poniendo ojos de cordero degollado a medida que el periodista italiano los iba presentando… En un minuto, *miss* Montfort se convirtió en el centro del universo para aquella docena de colegas, que le hicieron fotografías, la acribillaron a preguntas, se dieron codazos para estar más cerca de ella, rivalizaron en galanterías… Parecían niños disputándose un gigantesco caramelo.

—Pero señores… Señores, por favor —rió la divina—. Ustedes no han venido a Irkan a entrevistarme a mí, sino a informar a su público de Las Fiestas de las Mil Primaveras… Sugiero que desayunemos y partamos cuanto antes hacia Heliopolis, si no queremos perdernos las palabras históricas de su majestad el emperador Amuk Zakeva.

El desayuno también fue histórico… Al menos, para los corresponsales internacionales que habían tenido el buen acierto de elegir el «Éufrates Hotel» durante su permanencia en Kattak. Nunca lo habían pasado tan bien, no sólo por la belleza de su colega americana, sino por su simpatía, su ingenio, su capacidad de atender a todos a la vez… La conversación general se desarrollaba en inglés, pero ella habló con toda fluidez en alemán, en francés y en español cuando quería dejar bien clara alguna de sus expresiones para los colegas de esta nacionalidad. Hubo intercambio de informaciones periodísticas, comentarios sobre los sistemas de trabajo personal, sobre las rotativas de sus periódicos respectivos… Cuando la señorita Montfort, aplastando su cigarrillo en un cenicero de cerámica, dijo que había llegado el momento de ir a trabajar, la expresión de desencanto fue general y total.

Inmediatamente, le fueron ofrecidos una docena de coches, y ahí llegó la hora de la venganza de Pietro Santi.

—¡Hasta ahí podíamos llegar, señores! —aulló—. ¡Brigitte forma parte de la tripulación dé mi vehículo!

Protesta general, naturalmente, pero Pietro Santi tomó a Brigitte de un brazo y se dirigió hacia la puerta, seguidos, rodeados de los demás periodistas. Hubo tropezones, choques de cámaras fotográficas, exclamaciones… Y un minuto más tarde, Pietro Santi soltaba un bufido, ya al volante de su viejo coche, mirando triunfalmente a Brigitte, que estaba a su lado.

—¡Pues estaría bueno…! —exclamó—. ¡Ya quisiera ver al que se atreva a fastidiar a Pietro Santi!

—Bueno, bueno —rió Brigitte—, te has salido con la tuya. Y ahora, por favor, seamos conscientes y vayamos a trabajar. ¿Tienes preparada tu cámara?

—Amor mío —dijo muy serio Pietro—: eso es algo que yo jamás olvido.

—Pues en marcha. Oigamos lo que tiene que decir el emperador. Todos los periódicos del mundo están esperando sus palabras…

* * *

Fueron unas hermosas palabras, sin duda alguna. Con ellas, Amuk Zakeva expuso el nacimiento y trayectoria de Irkan y el de su dinastía desde que, casi trescientos años atrás, ocupara el trono… La historia de un pequeño país del Golfo Arábigo fue relatada con amenidad, sin pesadez y, por supuesto, con toda exactitud y revelación de los datos más importantes.

En el Gran Palacete de Heliopolis, construido exclusivamente con ladrillo térmico en pleno desierto, no se oía otra cosa que la voz del emperador, difundida moderadamente por los altavoces perfectamente distribuidos. De pie delante del trono, impecable, severo y afable a la vez, con su uniforme militar repleto de condecoraciones, Amuk Zakeva estuvo hablando durante media hora. Ante él, en silloncitos tapizados lujosamente, los personajes reales, jefes de Estado, presidentes, primeros ministros… Alrededor, la Guardia Imperial, como estatuas. Al fondo, en bancos también tapizados, los periodistas llegados de todo el mundo, tomando

fotografías muy de tarde en tarde, con o sin teleobjetivo; algunos de ellos iban tomando en taquigrafía las palabras del emperador, mientras otros, más prácticos, habían puesto en funcionamiento sus magnetófonos de pilas.

Entre éstos, *miss* Montfort, cuyos ojos azules iban de un lado a otro, sosegadamente, tomando buena nota de todo… Absolutamente de todo. Y eran esos pequeños detalles que llamaban su atención los que anotaba taquigráficamente. Delante del emperador, entre él y los micrófonos de todas las emisoras de radio del país, los fotógrafos oficiales del Palacio Imperial tomaban de cerca fotografías que luego serían facilitadas a los periodistas extranjeros, por medio del Gabinete de Prensa…

—… Y como en esta ocasión, Irkan tendrá siempre abiertas sus fronteras a todos aquéllos que nos visiten con deseos de amistad y de paz. Un pequeño pueblo del mundo que quisiera ser lo bastante grande para recibir a todos los seres del mundo. Quizá alguna vez, pediremos ayuda, pero también estamos dispuestos a facilitarla a quien nos necesite. En la paz y por la paz, yo, Amuk Zakeva, emperador de Irkan, declaro inauguradas Las Fiestas de las Mil Primaveras, que ojalá queden para siempre como grato recuerdo en el corazón de todos los hombres. A todos, gracias, en mi nombre y en el de mi pueblo… Gracias.

Una atronadora salva de aplausos acogió las últimas palabras de Amuk Zakeva. Luego, todos se pusieron en pie y, como al principio, fue tocado el himno nacional, finalizado el cual, Amuk Zakeva descendió de las alturas de su trono, reuniéndose con sus invitados, sonriendo cordialmente, agradeciendo las felicitaciones…

—¿Y ahora? —susurró Pietro Santi, por un lado de la boca.

—Van a pasear por los Jardines de Heliopolis —murmuró Brigitte—. Después el aperitivo y luego el almuerzo… Prepara tu cámara…

El emperador, acompañado por sus invitados, pasó cerca de los bancos destinados a los periodistas, sonriendo, saludando con una mano, siendo fotografiado cientos de veces en aquellos pocos segundos.

Finalmente, bajo el control de la Guardia Imperial, los periodistas abandonaron el Gran Palacete de Heliopolis, saliendo a pleno sol, detrás de los reales personajes, que, poco después, eran

fotografiados una y mil veces durante su paseo por los Jardines.

Brigitte consiguió llegar delante mismo del emperador, y disparó velozmente su cámara varias veces. Luego, sonriendo con simpatía, se quedó mirando a su majestad, quien, a su vez, la miró, parpadeó sorprendido… o quizá maravillado, y devolvió la sonrisa, tenuemente…, momento que aprovechó magistralmente Pietro Santi para obtener una fotografía que en menos de veinticuatro horas daría la vuelta al mundo…

Definitivamente, los periodistas recibieron la petición de que abandonasen su trabajo y todos salieron de los Jardines hacia la gran zona de estacionamiento para vehículos terrestres. Más allá, la gran pista construida expresamente para el aterrizaje y despegue de los cuatro *jets* que traerían los alimentos desde París… y que más adelante sería ampliada y completada con un gran complejo de pistas que proporcionarían otro aeropuerto a Irkan.

—Bien… —murmuró Pietro—. Creí que nunca llegaría este día, y… ya estamos aquí, en Heliopolis… ¿Qué te parece?

Brigitte miró a su alrededor, sonriente. Desierto, puro desierto en varios kilómetros a la redonda. Pero allí, en pleno desierto, se había creado un palacete, una pequeña ciudad de ladrillos, un futuro aeropuerto… y sobre todo se estaba demostrando que podía existir el buen entendimiento mundial… siempre y cuando los hombres, fuesen reyes o no, lo deseasen. ¿Un despilfarro?

Quizá. Sí, posiblemente podía admitirse esta definición sobre los gastos de Las Fiestas de las Mil Primaveras. Sin embargo, Estados Unidos gastaba la misma cantidad cada semana o quizá en menos tiempo, en material bélico, que sólo servía para que hombres americanos y hombres asiáticos muriesen miserablemente, dolorosamente…

—Prefiero las flores —replicó Brigitte en un susurro.

—¿Qué? —se desconcertó Pietro.

—Digo que prefiero las flores a los cañones.

—¿De qué hablas? Te estaba preguntando qué te parece Heliopolis…

—Es una ciudad encantadora, Pietro. Sólo una cosa sobra en este lugar, para mi gusto.

—¿Qué cosa?

Brigitte fue señalando alrededor de ellos.

—Soldados, soldados, soldados…

—¿No te gustan los militares? —rió Pietro.

Ella lo miró asombradísima.

—¡Qué tontería…! ¡Claro que me gustan, porque a fin de cuentas son personas! Lo que quería decir es que resulta lamentable que tengan que existir. Prefiero las flores.

Pietro Santi asintió gravemente con la cabeza.

—¿Me permites utilizar estas palabras tuyas en mi primer artículo? —pidió.

—¿Por qué no? —rió ella—. También puedes decir que si cada año hubiese en el mundo una Fiesta de las Mil Primaveras… o de las Cien Primaveras, según el caso, las relaciones entre los hombres de todo el mundo serían mejores.

—Entonces…, tú estás de acuerdo con estos festejos.

—¡Naturalmente! Oh, vamos, Pietro… Cada día, en todo el mundo, se desperdician millones de dólares en actividades que sólo perjudican a la Humanidad. Dime: ¿en qué perjudican estos festejos a la Humanidad o al propio Irkan? Mira hacia los Jardines: reyes, reinas, presidentes… Están paseando y charlando amablemente… ¿No es mejor esto que invertir sumas mayores en enviar unos ejércitos contra otros? ¿No podría ser esto el… punto de partida hacia algo mejor?

Pietro Santi se rascó la coronilla y acabó sonriendo.

—Bueno —dijo—, cada cual tiene derecho a exponer su opinión, naturalmente. ¿Volvemos a Kattak? Nosotros también tenemos que almorzar, aunque no sea comida de París, qué caramba… Y tenemos mucho que escribir a máquina antes de volver esta tarde para asistir a las Danzas Nacionales.

—¿Piensas escribir todo el reportaje a máquina? —Se horrorizó Brigitte.

—Sí. Me gusta ver lo que estoy pensando.

—Allá tú, querido… ¡Qué horror! Yo me limitaré a enviar una cinta grabada a mi jefe y los negativos de las fotografías por avión, claro. Por cierto, ya que te permito usar algunas de mis palabras, creo que tengo derecho a utilizar algunas de tus fotografías, ¿no te parece?

—Será un honor para mí —se inclinó Pietro a lo cortesano.

Y los dos se dirigieron hacia el estacionamiento de Heliopolis,

donde les esperaban ya la mayoría de sus colegas alojados, como ellos, en el «Éufrates Hotel»… Evidentemente, estaban dispuestos a no perder de vista a *miss* Montfort.

* * *

—¡No ha sido nada fácil perderlos de vista! —exclamó la divina espía—. ¡Uf, qué pesados…! Simpáticos, pero pesados… ¿Hay alguna novedad, Kamel?

Kamel Nadir, al volante del coche en el cual acababa de acomodarse Brigitte junto a él, asintió con la cabeza.

—Hay novedad —asintió.

—¿De veras? Bueno, no sé cómo voy a poder atenderlo todo a la vez: esta mañana, la inauguración; esta tarde, las Danzas Nacionales… Y venga hablar y hablar para grabar las cintas que debo enviar, y tomar fotografías, y… Es terrible. ¿Cuál es la novedad?

—Los rusos se han marchado.

La espía internacional miró vivamente al colaborador de la CIA en Irkan. Ciertamente, estaba cansada después de todo un día de auténtico trabajo periodístico agotador; eran ya cerca de las diez de la noche y la perspectiva de acostarse se le había aparecido hasta entonces como algo maravilloso. Pero las palabras de Kamel ahuyentaron en el acto su cansancio.

—¿Se han marchado? ¿Adónde?

—No lo sé.

—Pero… no entiendo… ¡Se han marchado! ¿Quiere decir que ya no están vigilando la zona donde están escondidos nuestros amigos?

—Sí. Tal como usted me ordenó, me dediqué a dar vueltas por allí, siempre preparada la radio por si usted me llamaba… Los rusos no estaban ya. No he visto ni uno.

—Puede que estén mejor agazapados, para confiarnos…

Kamel Namir sonrió por primera vez.

—Podrían engañarla a usted y a muchas otras personas, pero no a mí… Quiero decir que no me pueden engañar a mí en Kattak, y menos aún en los zocos. Si estuviesen, yo lo sabría. No sólo por mis ojos, sino por otros muchos que en todo momento estarían viendo por mí.

—Entiendo. Bien… Quizá se hayan reunido en el edificio que usted me mostró anoche… ¿No?

Kamel Namir estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No. Tampoco están allí. Se han marchado de Kattak. Todos. O eso, o están tan escondidos que es como si no existiesen.

—No lo comprendo… —susurró Brigitte—. ¡No lo comprendo! Tienen acorralados a dos agentes de la CIA que han matado a uno de sus compañeros, y… se van. ¿Por qué? ¿Por qué? Y… ¿adónde han ido?

—Siento mucho no poder contestar a eso, señorita.

Brigitte se pasó una mano por la barbilla, acariciando el delicioso hoyuelo vertical.

—Qué extraño es todo esto —musitó—. No consigo entender nada de nada, y le aseguro que no soy una principiante…

—Lo sé —sonrió de nuevo Kamel—. Hace muchos años que estoy oyendo hablar de usted, señorita.

—Bueno —sonrió también ella—, no demasiados, caramba, Kamel… Aún soy joven, ¿no le parece?

—¿Joven? —Respingó el árabe—. Usted es… como el más fresco y reciente oasis en pleno desierto.

—Supongo que eso es un cumplido —rió Brigitte divertida; pero inmediatamente quedó seria de nuevo—. Bien, si usted asegura que los rusos ya no están, convendría sacar de Kattak a nuestros amigos aprovechando la ocasión… Los enviaremos bien lejos. ¿Podríamos conseguir alguna embarcación en la costa?

—Desde luego. ¿No le parece prudente que se marchen en avión?

—Por supuesto que no. Quizá es eso lo que están haciendo los rusos: esperando que nuestros amigos aparezcan en el aeropuerto para matarlos. No, no, no… Por mar. Lo mejor será que vayan hacia Kuwait y desde allí que tomen cualquier avión que los aleje lo máximo de aquí… Preferentemente, hacia Europa. Tan sólo con que consigan llegar a Atenas, terminarán sus problemas…

—Y usted quedará sola en Irkan —recordó Kamel.

—No he dicho que usted también se vaya, Kamel.

—Yo solo no le seré demasiado útil. Soy… útil para pequeñas cosas, pero no demasiado listo, usted entiende.

—No se subestime, Kamel. De todos modos, estoy acostumbrada

a trabajar sola. Le diré lo que vamos a hacer: yo iré en busca de mis Simones y los llevaré hacia el lugar donde usted me estará esperando con el coche. Si mientras tanto usted notase algo sospechoso o alguno de esos ojos que ven por los suyos notase algo raro, avíseme inmediatamente por la radio y nuestros amigos volverán a esconderse. Si todo está verdaderamente bien y tranquilo, los llevaré hasta el coche y luego usted los llevará a la costa, para que partan en lancha hacia Kuwait… ¿Entendido?

—Entendido.

* * *

Kamel Namir esperó a que los dos agentes de la CIA y Baby entrasen en el coche, ella junto a él, y arrancó inmediatamente, tras haber susurrado:

—Todo sigue igual.

—Bien… —asintió Brigitte; abrió su maletín, sacó dinero del doble fondo y se volvió hacia los dos sombríos espías—. Con esto tendrán más que suficiente para cualquier eventualidad. Compren una lancha o consíganla como sea. Ya les he dicho lo que tienen que hacer.

—¿Puedo decirle una cosa con sinceridad? —masculló Simón I.

—Naturalmente.

—No nos gusta esta huida.

—¡Tonterías! —rechazó Brigitte—. Un espía hace de todo y una de las cosas que más tiene que hacer es precisamente huir. Morir se queda para los tontos y los locos, Simón. Sobre todo, cuando no es necesario en modo alguno. Ustedes harán lo que yo he dicho y eso es todo.

—Me pregunto si realmente usted tiene autoridad suficiente para darnos órdenes —refunfuñó el espía.

—No digas estupideces —gruñó el otro—. Hace años que todos tenemos órdenes de obedecer al pie de la letra cualquier orden de Baby, en todo el mundo, por mucho que nos fastidie esa orden.

—Siento mucho «fastidiarles» —rió dulcemente Brigitte—, pero prefiero fastidiarles yo a que les fastidien los rusos… de otra manera. Pare en cuanto lleguemos a la parte moderna, Kamel.

Diez minutos más tarde, Kamel Namir detenía el coche junto a

un bordillo y Brigitte Montfort se volvía hacia el asiento de atrás, sonriendo cariñosamente.

—¿Un besito? —ofreció; y como los dos espías refunfuñasen, añadió—: Vamos, no sean ariscos: mamá Baby quiere desearles feliz regreso a casa, niños.

Simón II acabó sonriendo y se adelantó en el asiento. Brigitte lo asió por una solapa, le atrajo y le dio un dulce besito en los labios; cariñosísima operación que repitió con Simón I. Luego, sin más, se apeó y emprendió a pie el regreso al hotel.

* * *

—¡Hola! —sonrió Pietro Santi—. Estoy todavía escribiendo ese maldito reportaje sobre las Danzas Nacionales. Pasa.

—Ya he oído teclear tu máquina… —dijo Brigitte, entrando en el cuarto del italiano—. Si hubieses hecho como yo, ese reportaje estaría ya camino de Roma.

—Me parece que tendré que adoptar tu sistema… Sí: renovarse o morir… ¿Has visto a tu colega americano?

—Sí. Por cierto, quería hablarte de un lugar llamado Al Kotoura, Pietro. Mi amigo dice que es un lugar maravilloso.

—¿Al Kotoura? ¿Qué es eso?

—Un poblado irkaniano en un oasis… Está como a treinta kilómetros de Heliopolis, hacia el Norte. He pensado ir mañana allí.

—¿Para qué?

—Oh, para verlo, tomar unas fotografías, hablar con esas gentes… Ya sabes: reportajes complementarios.

—No es mala idea. Pero mañana tenemos en Heliopolis lo de los lanceros imperiales, esa exhibición… Y por la tarde… Ah, no: por la tarde, los personajes importantes tienen libertad de movimientos.

—Precisamente por eso he pensado ir mañana por la tarde a Al Kotoura. Y quería saber si puedo contar con tu coche o tengo que empezar a buscar algún vehículo que…

—¡Estaría bueno! ¡Claro que puedes contar con mi coche…! ¡Y conmigo!

—Sabía que no me fallarías —sonrió Brigitte—. Bueno, no te molesto más, sigue dándole a las teclas… ¡Qué horror!

—Psé. Ya estoy acostumbrado… Oye, ahora recuerdo que por la

noche tienen mañana eso del recital de violín, a cargo de Sergio Lobello. Entiendo que será en el Gran Palacete. ¿Irás?

—No pienso perderme una actuación de Lobello por nada del mundo —aseguró firmemente Brigitte—. Iré después de regresar de Al Kotoura.

—Detesto el violín —masculló Pietro—. Pero si para estar contigo tengo que soportarlo, tendré que resignarme. Otra cosa: no se te ocurra decirles a los demás eso de Al Kotoura: quisiera dar un romántico paseo por el desierto los dos solos… ¿*Okay*?

—¡*Okay*! —rió Brigitte.

Capítulo V

No fue posible.

Alguno de los colegas alojados en el mismo hotel se dio cuenta de la «fuga» de Brigitte y Pietro, dio la voz de alarma y en dos minutos se organizó una enconada cacería que culminó ya en pleno desierto, hacia el norte de Kattak… Algunos de los coches ocupados por los demás periodistas adelantaron el viejo cacharro que conducía Pietro Santi y los rostros de sus colegas asomaron por las ventanillas, mostrando expresiones burlonas.

—¡Tramposo! —gritó uno.

—¡Egoísta!

—¡Esa es una jugada fea, Santi…! ¡Brigitte también es colega nuestra…!

—¿Adónde vamos? —gritó otro.

Brigitte reía divertidísima, pero Pietro estaba de un humor de cien mil diablos. Y, naturalmente, ni por un momento tuvo la esperanza de despistar la media docena de coches que parecían estar jugando con el suyo, adelantándole, dejándole pasar de nuevo para gritarle improperios sus ocupantes… Entre bromas, reproches, piropos a Brigitte… y polvo, dejaron la iniciativa de la marcha a Pietro Santi, que era guiado por las instrucciones de Brigitte, la cual llevaba un mapa sobre las rodillas…

Desierto, desierto, desierto… De cuando en cuando, algunos matojos de hierba aferrados a la parda tierra reseca, que formaba manchas sobre la dorada arena que se extendía alrededor de ellos en interminables dunas…

—¿Estás segura de que encontraremos un oasis?

—Eso dijo mi amigo, y, además, está en el mapa —sonrió Brigitte—. ¿Qué te ha parecido la actuación de los Lanceros Imperiales?

—No ha estado mal. Espectacular, desde luego… Por la Madona,

¡no quisiera que uno de esos soldados barbudos cargase contra mí a caballo y con la lanza por delante!…

—Son muy hábiles… Parece que todo el mundo lo está pasando muy bien, ¿verdad?

—Yo, no —gruñó Pietro.

—Te aseguro —volvió a reír Brigitte— que no he sido yo quien los ha puesto al corriente de la excursión a Al Kotoura. Pero ya sabes que no es fácil despistar a un periodista: somos tenaces como…

—Por cierto: te vi conversando con una reina primero y luego con un rey —murmuró Pietro—. Y parecía una conversación… No sé… Yo diría que casi personal. Imagino que habrás conseguido un par de formidables entrevistas… ¿Cómo los has convencido? Lo de la reina-niña casi lo comprendo, pero el tal Sandor de Ausvania tiene una cara de pocos amigos…

—No digas tonterías… ¡Los reyes tienen que ser amigos de todo el mundo, Pietro!

—Pero no conceden entrevistas. ¿O sí?

—No, no las conceden… Fueron conversaciones… casuales.

Pietro Santi la miró sorprendido y soltó un bufido. Brigitte se limitó a sonreír, pensando en sus buenos amigos Sandor III de Ausvania y Mary Lou, de Atlantic Kingdom[2]… ¿Cómo explicarle a Pietro que si ambos ocupaban un trono era exclusivamente gracias a ella? ¿Cómo explicarle que ella también había sido reina? Se sumió en sus recuerdos, olvidada de todo, hasta que, de pronto, Pietro señaló hacia delante.

—¡Eh! ¡Allá se ven unas palmeras, Brigitte!

—Debemos estar llegando… Espero que sean gente amable.

Tres minutos más tarde, los coches se detenían en el extremo del camino de tierra que llegaba hasta el oasis de Al Kotoura, ocasionando una nube de polvo… Cuando ésta se posó, los periodistas, que habían puesto ya pie en tierra, se miraron unos a otros, perplejos: no se veía a nadie allí. Absolutamente a nadie.

—Pero… yo juraría que he visto mucha gente por aquí cuando nos acercábamos —exclamó Potters, el británico.

—Pues no hay nadie ahora —refunfuñó el holandés Van Klein, en su aceptable francés.

—¿Qué?

—Dice que no hay nadie ahora —musitó Brigitte—. ¡Qué extraño! Yo también he visto hombres, mujeres, niños… Y, desde luego, éste no es un lugar abandonado…

Pietro refunfuñó algo en su idioma y comenzó a tocar el claxon de su coche, mientras Brigitte se adelantaba, mirando a todos lados, fruncido el ceño… Un par de perros blancos ladraban junto a la orilla del manantial abierto, rodeado de verdor. Más allá, se veían algunos burros, un par de caballos y tres camellos. Las casas, de adobes, refulgían al sol de la tarde, blancas como terrones de azúcar, con sus techos redondos la mayoría… El paisaje no podía ser más típicamente árabe, incluidas las palmeras, altísimas, inmóviles en la gran calma vespertina. Un poblado irkaniano, cierto, pero… sin un ser viviente a la vista. Ser humano, se entiende. Los perros seguían ladrando y los caballos, los burros y los camellos habían vuelto sus cabezas hacia los visitantes, contemplándolos con filosófica indiferencia.

—¡Eeeehhh…! —gritó el alemán Grauman—. ¡Eeeehh!

Brigitte seguía mirando a todos lados, en silencio… ¿Para qué molestarse? No sería a gritos como conseguirían hacer salir a los irkanianos de sus blancas casas, ciertamente. Por fin, se quedó mirando hacia la mayor de ellas, situada en plena sombra de un espeso y abundante grupo de palmeras, pero se volvió velozmente al notar movimiento hacia su derecha… Algunos árabes salían de las tiendas colocadas al otro lado del oasis, cerca de los animales. En silencio, mirándolos…

El periodista alemán comenzó a caminar hacia ellos, pero Brigitte lo retuvo por un brazo.

—Espere, *herr* Grauman —susurró.

Pietro se había apresurado a enfocar su cámara hacia los árabes que habían salido de las tiendas, pero no tuvo tiempo de apretar el disparador, porque los árabes se apresuraron a desaparecer de nuevo, rápidamente.

—Pero… ¿qué pasa aquí? ¿Acaso no se ve que somos gente de paz?

Brigitte señaló hacia la casa más grande, cuya gran puerta doble de madera se estaba abriendo. Salió un árabe, alto, delgado, barbudo, ataviado con una hermosa chilaba azul, y comenzó a caminar hacia ellos reposadamente… Pietro volvió a preparar su

cámara, pero el árabe alzó una mano enérgicamente.

—¡No! —gritó.

—Ese tipo… —comenzó a mascullar Pietro.

—Cállate, hombre —murmuró Brigitte—. Estamos en casa ajena.

Nadie se movió mientras el árabe seguía caminando hacia el grupo. Por fin, se detuvo ante Brigitte, y su mirada, por un instante, pareció lanzar una llamarada.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó en francés.

Brigitte le obsequió con la mejor de sus sonrisas.

—Somos periodistas —explicó—. Estamos invitados en Irkan para informar sobre Las Fiestas de las Mil Primaveras y naturalmente sobre el país. Un amigo me ha hablado de Al Kotoura y del gran jeque Ismael Ben Tuk, y hemos pensado si sería posible obtener unas cuantas fotografías y reportajes sobre el poblado y sus habitantes. Pero si nuestra presencia ofende a…

—No, no, por favor —sonrió el árabe—. Disculpen a nuestras gentes, se lo ruego. No les gusta ser fotografiados, quizá por una mal entendida dignidad.

—No es mal entendida… —protestó Brigitte—. Además, están en su derecho. Nos abstendremos de tomar fotografías, naturalmente.

—Oh, de ninguna manera… Pueden fotografiar todo cuanto gusten… y que esté a su vista… voluntariamente.

—Entiendo… —sonrió Brigitte—. ¿Me permite que traduzca sus indicaciones a mis colegas?

—Se lo agradeceré. Todo está a su disposición… menos la intimidad de nuestras gentes.

Brigitte asintió, siempre sonriendo, y se volvió hacia los periodistas, explicando en inglés, italiano, alemán y español las instrucciones y limitaciones del árabe. Cuando terminó, volvió a mirar a éste, que sonrió amablemente.

—Me llamo Arum Korba y soy el… secretario del gran jefe Isamal Ben Tuk. Sería un placer para mí poder servirles.

—Es usted muy amable, *Monsieur* Korba… ¿No podríamos ver al gran jeque?

—Está durmiendo la siesta… —sonrió una vez más Arum Korba —. Pero me atreveré a molestarle en honor a ustedes. Mientras tanto, pueden moverse libremente por el oasis. Sean bien venidos.

—Muchísimas gracias.

Arum Korba se inclinó, tocándose el estómago, la boca y la frente. Luego, dio media vuelta y regresó a la gran casa de blancos muros.

—¡Vaya…! —protestó Potters—. ¿Y por qué no podemos fotografiar a estas gentes?

—Por una razón muy sencilla, querido colega —explicó Brigitte —: porque ellos no quieren.

—¡Qué tonterías! —exclamó Salgado, el español.

—Tonterías o no, así están las cosas. De todos modos, se pueden obtener hermosas fotografías en este lugar… ¿No te parece, Pietro?

—Psé… Pero, desde luego, yo no me resigno… En cuanto se descuiden, ¡zas!, fotografío a quien se me ponga por delante. Por el momento, veamos ese manantial…

Comenzó a disparar fotografías y los demás, incluida Brigitte, le imitaron. La espía internacional, sin embargo, concedía más importancia a lo que podía ver con sus propios ojos que a lo que pudiese captar el objetivo. Hasta el momento, no había nada extraño o sorprendente en Al Kotoura, pero… ¿por qué el agente soviético lo había fotografiado tantas veces? Desde lejos, desde luego… Debían haberle puesto las mismas trabas que a ellos.

Durante quince minutos, aprovechando el pretexto de las fotografías, estuvo recorriendo el pequeño poblado, mirando todo lo que se podía ver, sin pasar nada por alto. La conclusión fue decepcionante: estaba en un poblado irkaniano y eso era todo.

—Realmente —pensó—, ¿qué esperaba encontrar aquí? ¿A los rusos? ¿Se han retirado aquí todos los rusos que querían matar a Simón y Simón? ¿Están escondidos en Al Kotoura? ¿Por qué? ¿Qué puede estar tramando la MVD en un lugar como este…?

La aparición de Arum Korba la distrajo de sus pensamientos. Korba se acercó a ella, siempre sonriendo amablemente, y señaló hacia la gran casa.

—Isamal Ben Tuk los invita a refrescar su sed —dijo.

Cruzaron todos la gran puerta, llenos de curiosidad. Todos estaban pensando que *miss* Montfort había tenido una excelente idea al ir a aquel lugar. Había un gran patio central, alrededor del cual se había construido la vivienda, provista de amplia galería que la circundaba. Dentro había flores y palmeras y a un lado una pequeña alberca recubierta de hermosos azulejos de vivos colores…

—¿Podemos fotografiar esto? —preguntó Grauman a Brigitte.

—Ya nos han dicho que podemos fotografiar todo lo que podamos ver, *Herr* Grauman.

—Ah, espléndido…

Todos dispararon sus cámaras, bajo la indulgente mirada de Arum Korba. Subieron por una ancha escalinata de ladrillo rojo, recorrieron una de las galerías y entraron en un aposento grande, sombreado, fresquísimo; al fondo había un ventanal, por donde se veían recortadas contra el cielo azul intenso algunas hermosas palmeras…

—Caracoles… —dijo Salgado—. ¡Esto parece el Generalife!

—¿Qué serrr Generralife? —preguntó Grauman.

—Anda, macho… —rió Salgado—. ¡Ahora te voy a explicar yo a ti lo que es el Generalife, en pocas palabras…!

—¿Qué dice «*Herr* Saljado»? —pidió la traducción a Brigitte el alemán.

—Que se lo explicará en el hotel —procuró contener la risa Brigitte.

—Ah. Muy amable, mucho… Los españoles son muy amables.

—¿Qué dice el germano? —preguntó Salgado.

—Que es usted muy amable.

El español se quedó como quien ve visiones… y lo mismo le sucedió a Brigitte, pero por otro motivo. Ante ellos, sentado en un grandioso montón de almohadones, estaba el gran jeque Isamal Ben Tuk… No podía ser otro. Y no podía por menos de causar asombro verlo, no sólo a Brigitte, sino a todos los periodistas.

Era el hombre más gordo que Brigitte había visto en su vida, y a juzgar por las expresiones de los demás, tampoco ellos habían visto antes semejante humanidad. Estaba descalzo y llevaba solamente unos bombachos rojos y una camisa blanca, con encajes, abierta hasta el centro del increíblemente voluminoso vientre. Los estaba mirando amablemente, fumando en su *narguilé* con una placidez del todo envidiable. Su cabezota era redonda, no llevaba barba ni bigote, y además se había afeitado la cabeza. Era descomunal, tremendo, pasmoso, increíble… Y tenía una de las sonrisas más simpáticas que pudieran buscarse en todo el mundo.

—Ustedes me perdonarán que no me levante —dijo en perfecto inglés—, pero eso significa un gran sacrificio para mí. Sin embargo,

creo que en honor a la única dama que…

Hizo intención de iniciar la heroicidad de ponerse en pie, pero Brigitte lo atajó con un gesto amable.

—Por favor, gran jeque, no se moleste, se lo ruego.

—Ah… Gracias. Gracias, señorita… No es descortesía, se lo aseguro… ¿Tomarían ustedes café? El café caliente es lo mejor para la sed. ¿O prefieren fruta? Pero, por favor, siéntense, siéntense todos…

Hizo, con gesto fatigadísimo, una seña a Arum Korba, y éste batió palmas enérgicamente.

Al segundo comenzaron a aparecer criados, portando bandejas con frutas unos, y café otros. Isamal Ben Tuk realizó el «grandioso» esfuerzo de desplazarse unos centímetros y fija su mirada en Brigitte, una de sus manazas tocó los almohadones a su lado.

—¿Puedo disfrutar del placer de su cercana compañía? —sonrió de aquel modo tan encantador.

Brigitte también sonrió y fue a sentarse junto al gordísimo personaje, que la contempló afablemente, mientras daba una larga chupada a su *narguilé*. Luego, dijo:

—No es frecuente que tengamos visitas aquí, y en general, ello nos complace. Somos personas amantes de la tranquilidad.

—En tal caso, temo que mis amigos y yo hemos venido a turbarla, gran jeque.

—Por favor, llámeme Isamal… —sonrió de nuevo el gordote—. En cuanto a la turbación que ha sufrido mi paz en esta ocasión, puedo decirle que ha valido la pena.

—¿De veras?

—Un pobre hombre como yo no está acostumbrado a contemplar tan de cerca una belleza como usted, señorita…

—Oh… Brigitte Montfort, del «Morning News», de Nueva York. Permítame que le presente a mis amigos…

Los fue señalando mientras los mencionaba, y a cada nombre, Isamal Ben Tuk movía amablemente su cabezota, siempre sonriendo. Pietro Santi, que se había apresurado a sentarse junto a Brigitte, de modo que ella quedó entre él y Ben Tuk, miraba a éste con cierta hostilidad, pues se daba perfecta cuenta del grandísimo interés que Brigitte había despertado en el árabe.

Y de pronto, apenas finalizadas las presentaciones, preguntó a

bocajarro:

—¿Cuántas esposas tiene usted, gran jeque?

Isamal Ben Tuk le contempló un instante como sorprendido. Luego, por sus ojos pasó un destello divertido, y su respuesta hizo comprender a Brigitte que el árabe había captado la intención de Pietro:

—No tantas que no pueda adquirir otra, señor.

—¿Adquirir?

—Hablando en términos árabes, sí: adquirir. Sin embargo, soy un hombre culto y civilizado… en lo conveniente, y si me interesara otra mujer que no fuese de mi raza, no la adquiriría, sino que… pediría su mano. ¿Café o fruta, *miss* Montfort?

Señaló la bandeja que habían dejado ante ellos, y Brigitte, riendo al darse cuenta de la turbación de Santi, tomó un dátil.

—¿Eso significa que tomaría usted una esposa infiel, Isamal? —preguntó.

—Estoy seguro de que Mahoma sabría perdonar mi pecado si la mujer era tan bella como usted, *miss* Montfort.

—¡Oh! —Dio ella un gritito delicioso—. ¡Es el mejor cumplido que he oído en mi vida!

—Eso me llena de felicidad. ¿Lo están pasando bien en Irkan?

—Maravillosamente. Dígame, Isamal: ¿vive usted siempre en este paradisíaco lugar?

—No, no… En realidad, estoy en Irkan estos días por las Fiestas de las Mil Primaveras. No sería bien visto que un hombre de mi posición en el país se hallara ausente en la celebración del milenario de su patria, ¿no le parece?

—¿De su posición…? Había entendido antes que usted era «un pobre hombre».

—Sólo en el sentido espiritual. En lo material, temo que soy… fabulosamente rico. Espero que usted sepa disculparme esa vulgaridad, *miss* Montfort. Me agradaría obsequiarlos a ustedes con unas danzas de mi país… ¿Puedo?

—¿Más danzas? —exclamó Pietro—. Ayer ya vimos…

—El señor Santi iba a decir que ayer ya vimos en Heliopolis algunas danzas de su país, Isamal… Y que quedó tan encantado que con gran placer asistiría a otra representación.

—Sí… —masculló Santi—. Sí, eso iba a decir, gran jeque.

—Es un honor para mí poder complacerles.

Esta vez tuvo el gran gesto de batir palmas por sí mismo, y, al instante, aparecieron unas cuantas bailarinas y músicos, mientras Brigitte se inclinaba hacia Santi, murmurando:

—Eres un bruto descortés, Pietro.

—Este gordinflón te está mirando como si pensara… adquirirte —masculló Santi—. No me gusta nada.

—Es simpático… —sonrió Brigitte—. ¿Por qué no le pides permiso para tomar unas cuantas fotografías de las bailarinas?

—Ya tengo fotografías de bailarinas —gruñó Pietro.

—Espero que la danza esté siendo de su agrado —dijo Ben Tuk, mirándolos amablemente.

—Oh, sí… —Se volvió Brigitte hacia él—. Me encanta. Y me gustaría muchísimo aprender a bailar así, se lo aseguro.

—Ah… Sería una honra para mí ocuparme de ello, *miss* Montfort.

—¿Me enseñaría usted a danzar? —rió Brigitte.

—¿Yo? ¡Mahoma sea misericordioso! No podría por mucha que fuese mi voluntad. Sin embargo, le ofrezco las lecciones de mis bailarinas… Naturalmente, están ustedes alojados en Kattak.

—Así es.

—Bien… Si usted desea aprender estas danzas, mantengo mi ofrecimiento. Y ni siquiera sería necesario que usted viniese hasta Al Kotoura: le sería más cómodo ir a Ammiyanh.

—¿Ammiyanh? Entiendo que ese es el puerto más importante de Irkan, Isamal.

—En efecto. Está a cuatro millas escasas de Kattak, de modo que es menos pesado que viajar hasta aquí. Allá tengo mi yate, que pongo a su disposición para todo, *miss* Montfort. Durante ocho o diez días más estará anclado en el embarcadero deportivo. Si acepta mi invitación, le será fácil encontrarlo: es muy grande y su nombre ya lo sabe usted.

—¿Yo? Le aseguro…

—Quiero decir que se llama «Al Kotoura», como el poblado.

—Ah. Bueno, es una invitación muy amable, Isamal. La tendré en cuenta. Gracias.

—En cuanto a su deseada futura visita al oasis, también quisiera evitarle la molestia de venir en coche: pongo a su disposición mi

helicóptero particular.

—¡Vaya un fulano! —Gruñó Prieto, en italiano—. ¡Nos está apabullando con sus riquezas! Apuesto a que está intentando deslumbrarte, Brigitte.

—Mira a las danzarinas y calla, Pietro… —sonrió la espía—. ¿No has pensado que el gran jeque puede hablar tu idioma, como yo? Y no se merece tus palabras.

—Pues me cae gordo —insistió Pietro, en italiano.

—Eso ya no me sorprende… —rió Brigitte—. ¿Habla usted italiano, Isamal?

Isamal Ben Tuk dirigió una cordialísima mirada a Pietro Santi.

—Naturalmente… —habló en italiano correctísimo—. Comprendan que un hombre que ha viajado por todo el mundo debe dominar varios idiomas.

Pietro, que se había puesto rojo como una cereza, murmuró unas palabras, y dedicó toda su atención a las bailarinas, que estaban en aquel momento moviendo el vientre frenéticamente, envueltas en sus gasas, descalzas… Los demás periodistas las miraban con gran interés, ajenos a la conversación entre Brigitte, Santi y Ben Tuk…

Éste se inclinó hacia Brigitte, comentando:

—Una mujer como usted debería conocer estas danzas.

—En realidad, ya bailo un poco, Isamal. Yo también he viajado mucho, y conozco muchas cosas.

—Magnífico… ¿Piensa asistir esta noche al concierto de violín de Sergio Lobello?

—¡Por supuesto!

—Espero tener el placer de verla allí… Allí o donde sea, me encantaría volver a verla.

Brigitte se limitó a sonreír. En aquel momento, las bailarinas terminaban su danza, y comenzó a aplaudir, secundada por todos los invitados al oasis y por algunas débiles palmadas de las rollizas manos de Ismael Ben Tuk, que ofreció:

—¿No desea más dátiles o café…? Siento mucho no poder ofrecerles *whisky*, o cosa parecida, pero no hay ni una gota de licor en Al Kotoura.

—Es usted un fiel creyente —aprobó Brigitte.

—Aquí, sí —centellearon irónicamente los ojos de Ben Tuk—. Pero en el yate tengo de todo.

—¿Incluso champaña?

—Desde luego. Por cierto, como tengo allí todo mi equipaje, deberé ir a vestirme para el concierto de esta noche… Mi helicóptero no puede tardar en venir a recogerme… ¿Querría usted ahorrarse la molestia de regresar por el desierto, *miss* Montfort?

—Se lo agradezco infinito, Isamal. Pero… Bueno, he venido con mis amigos y me parecería descortés por mi parte dejarlos ahora.

—Eso la honra. Espero, sin embargo, que acepte en otro momento cualquiera de mis invitaciones.

—Lo tendré en cuenta, mil gracias.

Las bailarinas iniciaron una nueva danza y Brigitte simuló prestarles toda su atención, mientras pensaba que Isamal Ben Tuk debía ser realmente muy importante para poder asistir al concierto de Sergio Lobello, ya que, naturalmente, el emperador sólo había invitado, aparte de los jefes de Estado y personajes reales, a unas mil personas de las más significadas en el mundo; por tanto, Isamal Ben Tuk era importante cuando menos en Irkan… Al Kotoura, todo el oasis, debía ser suyo. ¿Y bien? La pregunta persistía en su mente: ¿qué relación había entre Al Kotoura y los cincuenta personajes reales cuyas fotografías habían encontrado Simón y Simón en poder de un agente de la MVD? Lógicamente, la pregunta debía formularse en la mente de la espía: ¿trabajaba Isamal Ben Tuk para la MVD? Y si así era: ¿qué estaban tramando?

Cuando terminó la segunda danza, Brigitte decidió regresar a Kattak y tras cordialísimas despedidas y mutuos ofrecimientos, los periodistas dejaron al gran jeque sentado en sus almohadones y se dirigieron hacia la galería. Cuando bajaron al patio, comentando con agrado la diminuta fiesta con que habían sido obsequiados, Brigitte buscó con la mirada a Pietro, extrañada de no verlo junto a ella. Y como fue la única que se interesó por él, fue la única en verlo agazaparse tras unos arbustos de flores del patio. Sorprendida, abrió la boca para llamarlo, pero Santi se llevó un dedo a los labios y desapareció tras las flores.

Poco después, todos subían a los coches y ella tuvo que tomar el volante del que había alquilado Pietro. El español Salgado apareció junto a ella, mirándola sorprendido.

—¿Y el italiano? —preguntó.

—Parece que se ha enfurruñado porque he aceptado las

atenciones del gran jeque… —mintió Brigitte sonriendo—. Debe ir en otro coche.

—¡Estupendo! —exclamó Salgado—. ¿Me permite que yo conduzca? Los italianos son absurdamente celosos.

—Lo mismo dicen de los españoles —recordó Brigitte.

—Y es cierto… —admitió Salgado—. Pero sólo tenemos celos de lo que es nuestro. ¿Es usted del italiano?

—Me parece que no —rió Brigitte.

—Entonces, él es un muchacho absurdo. ¿Puedo? —señaló el volante.

—Estaré encantada. Y será mejor que no nos entretengamos: muy pronto será de noche.

Partieron todos de nuevo en caravana y Brigitte volvió a sumirse en sus pensamientos. Sin duda alguna, Pietro pensaba conseguir fotografías sin que nadie le viese en el oasis y luego regresaría como pudiese a Kattak… Todo un profesional, desde luego, aunque había que admitir que la hospitalidad de Isamal Ben Tuk no se merecía aquello. En circunstancias normales, Brigitte se habría encargado de que Santi no se quedase allí, pero… ¿y si conseguía algo que pudiese resultarle útil a ella?

«Se lo preguntaré en cuanto le vea», pensó.

* * *

Al regresar del concierto de violín, efectuado en los Jardines de Heliópolis, fue a la habitación de Pietro Santi, pero nadie contestó a su llamada. Entonces, Brigitte subió a su *suite* y pidió comunicación telefónica con la habitación 311…, sin resultado: el señor Santi no contestaba. Y tampoco lo había visto en Heliopolis, desde luego.

Finalmente, la espía internacional miró su relojito y acabó sonriendo, alejando toda preocupación. Si Pietro había conseguido tomar algunas fotografías, y luego había emprendido el regreso a pie desde Al Kotoura, no era extraño que aún no hubiese llegado.

—Veremos qué me cuenta por la mañana —sonrió.

Capítulo VI

Pero por la mañana, Pietro Santi todavía no había llegado al hotel. Tampoco pudo verlo en Heliópolis cuando, ante la presencia de los reales invitados, se llevó a cabo la magnífica parada militar irkaniana. Miles de soldados de tierra, mar y aire desfilaron ante la lujosa tribuna, en la cual, durante todo el tiempo, el emperador Amuk Zakeva permaneció en pie, saludando, inmóvil, sólido y firme como una estatua, nada menos que durante media hora larga, como subyugado por las marchas militares, por sus soldados todos…

En uno de los palcos destinados a los invitados importantes, mas no reales, ciertamente, Brigitte divisó al gordísimo Isamal Ben Tuk, pero, como la noche anterior durante el concierto de Lobello en los Jardines, decidió no acercarse a él, simulando no darse cuenta de que los negros ojillos del gran jeque la habían localizado.

Por la tarde, los invitados reales serían paseados por Kattak en las lujosas carrozas encargadas por Amuk Zakeva, de modo que cuando Brigitte regresó a la capital, ésta se hallaba engalanada con grandes banderas de todos los monarcas y presidentes invitados…

Pietro Santi no había regresado todavía al hotel.

Ni había regresado aún cuando, ya finalizando la tarde, Brigitte Montfort, desde su terraza, terminó de tomar fotografías de la comitiva de carrozas que, naturalmente, pasó por la Avenida Al Mandih, para luego rodear la ciudad por la parte Norte y emprender el regreso a Heliopolis…

Y esta vez, cuando miró su relojito, Brigitte movió negativamente la cabeza.

—Hasta una tortuga habría tenido tiempo de volver a pie desde Al Kotoura… —murmuró—. Aparte de que siempre se puede encontrar un medio más cómodo, ya sea montando en camello, en burro, en motocicleta… Incluso deben pasar bastantes coches por esa carretera, y no creo que Pietro se avergonzase de hacer *auto-*

stop…

Entonces, le había ocurrido algo… ¿Le habían sorprendido los habitantes del oasis mientras tomaba fotografías? Esto era muy probable, desde luego. Pero, en tal caso, se habrían limitado a quitarle la película de la cámara y a expulsarlo de allí… ¿O habían reaccionado más violentamente? ¿O…?

Recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Kamel?

—Dígame, señorita.

—¿Siguen sin aparecer los rusos?

—Así es. Nuestros amigos deben haber llegado ya a Kuwait, de todos modos, así que aunque apareciesen…

—¿Está seguro de no haber visto un solo ruso espía en toda la ciudad? ¿Ni lo han visto sus amigos?

—Ni un solo ruso.

—Voy a bajar en cuanto oscurezca… Espéreme en su coche fuera de la ciudad, en la salida hacia Ammiyanh.

—Está bien.

Casi una hora más tarde, Brigitte detenía el coche de Santi detrás del de Kamel, estacionado a un lado de la carretera hacia Ammiyanh, se apeaba, y segundos después se sentaba junto al árabe.

—Vamos a tomarnos en serio este asunto —dijo apenas sentarse—. ¿De cuántos hombres podría disponer ahora mismo?

—No menos de veinte. Pero tenga en cuenta que no son como yo… Quiero decir que si espera de ellos alguna acción relativamente inteligente…

—Sólo quiero que se dediquen a buscar a los rusos por toda la ciudad todos aquellos hombres de que usted pueda disponer… —Abrió su maletín y del doble fondo sacó un fajo de billetes—. Diez mil dólares, Kamel. Quiero que pague bien a sus amigos, pero no admitiré el fracaso: necesito saber dónde están los rusos. ¿Está claro?

—Haremos todo lo que podamos.

—De acuerdo. Le voy a confiar mi radio de repuesto…

—Pero ya tengo radio…

—No como ésta… —sonrió secamente la espía—. Su alcance, sin suplemento de ninguna clase, es de cincuenta millas.

—¿Tanto? —Respingó el árabe.

—Ni una milla menos. A veces, si las condiciones atmosféricas son buenas, incluso alcanza más. Olvide la suya y esté pendiente sólo de ésta, Kamel. Yo le llamaré en cuanto me sea posible. Es todo.

Le dio una palmadita en una mano, salió del coche y regresó al suyo. Allí, en cinco minutos, la señorita Montfort dejó de ser la señorita Montfort…, al menos en apariencia. Se puso una peluca rubia, microlentillas oscuras de contacto, aretes en el interior de la nariz y almohadillas de espuma en la boca, se maquilló exageradamente y se quitó el vestido, poniéndoselo al revés.

Perfecto.

Luego emprendió el camino hacia Ammiyanh, en la costa. Si pedía máxima eficacia a Kamel, ella no podía ser menos: buscaría por su cuenta a los rusos, y ya se las arreglaría para saber qué planes estaban llevando a cabo.

—Si no están en Kattak, no pueden estar muy lejos. Y si Isamal Ben Tuk trabaja para ellos, muy bien podría tenerlos escondidos en su yate. O en el oasis, pero allí sería más comprometido… Mejor en el yate, que puede partir en cualquier momento, y desembarcar a los rusos donde convenga. De todos modos, si no están en el yate, tendré que buscarlos en el oasis… Y tengo un buen pretexto para hacer averiguaciones allí: la ausencia de Pietro… Santo Dios, espero que no le haya ocurrido nada malo…

Todo eran complicaciones. Aquella noche habría función de *ballet* en el Gran Palacete de Heliópolis y ella no podría recoger la oportuna crónica periodística… De todos modos, era de esperar que sus compañeros aceptasen que ella se había sentido indispuesta, y le facilitasen toda la información que necesitase.

—Y están terminando las Fiestas de las Mil Primaveras… —reflexionó—. Mañana por la noche es el gran baile de gala de despedida y pasado mañana, todos los invitados regresarán a sus países… ¿Me estoy equivocando y lo ocurrido con los rusos no tiene nada que ver con los festejos?

Diez minutos más tarde llegaba a Ammiyanh. Y otros quince minutos después localizaba el yate «Al Kotoura» anclado, efectivamente, en el embarcadero deportivo. Un hermoso yate, sin lugar a dudas, muy grande, blanquísimo, flamante, reluciente a las

luces del embarcadero y del amplio paseo marítimo.

Dejó estacionado el coche y se apeó con su maletín. Desde más cerca, pudo contemplarlo a sus anchas. En cubierta había un tripulante, cerca de la portilla de entrada. Se veía luz en la cabina de mandos y en lo que supuso sería el *living-yacht*, de gran ventanal por encima de la línea de cubierta. Por debajo de esta línea, en el casco, se veían los portillos circulares que debían corresponder a los camarotes… Y en ninguno de ellos se veía luz.

Comprendiendo que no sería fácil entrar en el yate mientras aquel hombre estuviese en cubierta, se dispuso a esperar. El tiempo que fuese necesario, ya que cuando convenía, tenía una paciencia sin límites. El tripulante estuvo por cubierta todavía casi media hora. Luego entró hacia el *living* y, diez minutos después, salía de nuevo, acompañado por otros dos hombres, todos vestidos a la europea. Desembarcaron, cruzaron el embarcadero, el paseo, y se dirigieron directamente, conversando, hacia los cafés, donde en las terrazas multitud de hombres gozaban del fresco de la noche. Los estuvo mirando hasta que los vio sentarse a una mesa.

—¿Por qué tengo siempre tanta suerte? —sonrió la espía.

Regresó hacia el yate y estuvo un par de minutos estudiándolo con cierta desconfianza, ya que había luces encendidas. Pero, ciertamente, eso no debía preocupar a los tripulantes, que sólo debían haber ido al paseo a tomar unos cafés… En cuanto a ella, sólo quería saber si los rusos estaban allí. Nada más. En cuanto hubiera echado un vistazo, se iría. Y si los rusos estaban en el yate…, ya tomaría la decisión más conveniente.

Llegó ante la blanca pasarela, subió tranquilamente a bordo, como si el yate fuese suyo, y se dirigió directa a la entrada al interior. Un vistazo al *living* la convenció de que no había nadie allí, y que, en efecto, dejar las luces encendidas no tenía la menor importancia. El silencio era total.

«Me perece, querida, que estás perdiendo el tiempo», se dijo.

Recorrió el pasillo, aplicando una orejita a varias puertas. Nada. Silencio. Ni siquiera una respiración de persona durmiendo, y que ella habría captado. Muy bien: los rusos no estaban en el yate. Lo cual simplificaba la búsqueda: sólo tendría que ocuparse del oasis.

Regresó por el pasillo, cruzó el *living*, subió a cubierta…

¡Clock!, resonó dolorosamente su cabeza.

Cayó de rodillas, apoyó las manos en el suelo y, todavía con millones de lucecitas ante sus ojos, intentó incorporarse…

¡Clock!, volvió a resonar su cabeza.

Luego, el negro vacío.

* * *

El negro cielo apareció ante sus ojos al abrirlos. El cielo y millones de hermosas estrellas. Y la Luna. A sus oídos llegó el rumor del mar, suave, calmado, chocando contra algo… Movió la cabeza y experimentó tal dolor que volvió a cerrar los ojos en vano intento de alivio. Permaneció unos segundos así, pensando… Sí, estaba en el mar… En la cubierta del yate, eso era. Y no tardó más que unos pocos segundos en comprobar que la habían atado de pies y manos. Sencillamente, la habían golpeado, la habían atado como un fardo y se habían hecho a la mar, dejándola en cubierta. Pero… ¿por qué en cubierta?

Un escalofrío recorrió su espalda al pensar, no sin lógica, que proyectaban tirarla al mar en un lugar profundo y volver a Ammiyanh… ¿Qué otra cosa, si no? Dio un tirón a sus ligaduras y sólo le sirvió para comprender que tardaría días en aflojarlas lo necesario… Y eso, con mucha suerte. Si hay alguien que sepa hacer nudos, ese alguien es un marino…

Comenzó a oír algo que le resultaba familiar, por encima… Sí, en el cielo.

—Un helicóptero —pensó.

Cierto. Y lo estaba ya oyendo perfectamente cuando junto a ella aparecieron los pies de dos hombres. Desvió la mirada y vio los dos rostros inclinados hacia ella, hoscos, hostiles. Uno de los árabes dijo algo que en su idioma el otro asintió, y señaló hacia el cielo, donde se veían ya las luces del helicóptero, que, un par de minutos después, sin que el yate se hubiese detenido, se posaba en la cubierta de proa. Las aspas dejaron de girar y dos hombres saltaron del aparato, acercándose.

Inmediatamente, Brigitte reconoció a uno de ellos: Arum Korba, el secretario de Isamal Ben Tuk, que se detuvo ante ella y la miró, en silencio, desde luego sin reconocerla. Encogió los hombros, dio una orden y los dos marinos alzaron a Brigitte, y la tiraron dentro

del helicóptero, al cual volvieron Arum Korba y el piloto… Poco después, estaban en el aire, mientras el yate emprendía el regreso al embarcadero de Ammiyanh. Arum Korba y el piloto cambiaron unas palabras, y Brigitte no necesitó traducción, porque entendió perfectamente el nombre del oasis: Al Kotoura.

Mala suerte.

—¿Quién es usted? —preguntó Arum Korba en inglés.

En una fracción de segundo, Baby comprendió que sólo podía jugar una carta: intentar pasar por rusa. Si aquellos hombres trabajaban para los rusos, cuando menos no tomarían decisiones peligrosas para ella hasta asegurarse. Y si no era así, siempre existía la posibilidad de llegar a un acuerdo…

—No comprendo lo que dice —replicó en ruso, roncamente.

Arum Korba lanzó una exclamación y la miró con renovado interés: una mujer rubia, joven, sana, fuerte…

—¿Eres rusa? —habló también en este idioma.

—Sí.

—¿Y qué fuiste a buscar al yate? —Pareció muy sorprendido Korba.

—Traigo un mensaje para Isamal Ben Tuk.

La pregunta siguiente debía haber sido «¿Qué mensaje?». Pero, indudablemente, Arum Korba era muy original. No hizo tal pregunta, sino que palideció. Palideció tan intensamente que su atezado rostro brilló unos segundos, como de color blanco, en el interior del helicóptero. De pronto, su mano derecha asió los cabellos de la espía y dio un rudo tirón.

—¡Maldita traidora, te voy a tirar al mar ahora mismo por…!

La peluca rubia, muy bien puesta, pudo aguantar aceptablemente el primer tirón, pero no el furioso zarandeo de Arum Korba, que se quedó con ella en la mano, mirándola estúpidamente. Estaba absolutamente pasmado. Luego recogió una linterna, la encendió y apuntó al rostro de la «rusa», que parpadeó dolorida. Durante unos segundos, Korba estuvo contemplando atónito los largos cabellos negros que habían aparecido bajo la rubia peluca. Se inclinó más, examinó el rostro y volvió a lanzar una exclamación:

—¡*Miss* Montfort!

—Es usted muy descortés, *Monsieur* Korba: no se deshace así el

tocado de una dama.

—Por Alá… ¿Qué es esto? ¡Usted no es rusa, es americana…!

—Me pasma su grandiosa inteligencia, *Monsieur*.

De nuevo se mostró Arum Korba asombrosamente original. Se enderezó, suspiró con grandísimo alivio muy evidente y miró con amplia sonrisa a la espía más peligrosa del mundo.

—Bueno… —dijo—. Me parece que se ha metido usted en un lío tremendo, *miss* Montfort.

—¿Igual que Pietro Santi?

—¿Santi? ¿El periodista italiano? ¿Qué pasa con él?

—Ustedes sabrán.

Arum Korba estaba perplejo. Parpadeó, pareció que fuese a decir algo y finalmente permaneció en silencio.

Tan sólo diez minutos más tarde, Brigitte notó que el helicóptero comenzaba a descender… Y tanto y tanto descendió, que incluso se hundió por debajo del nivel de la arena del desierto… No poco sorprendida, la espía vio cómo se hundían en una especie de profundo pozo de rectas paredes, mientras encima de ellos quedaba alzada lo que parecía una gran compuerta hecha también de arena… El helicóptero tocó tierra por fin, sus aspas se detuvieron… y por encima de ellos, la gran compuerta descendió, encajando de nuevo en el hueco.

Entonces fueron encendidas algunas luces y aparecieron varios hombres junto al helicóptero, todos ellos árabes. Arum Korba saltó del aparato, dio una orden y dos de aquellos hombres se hicieron cargo de la empaquetada Brigitte Montfort, sacándola del helicóptero y tirándola al suelo, por las buenas.

Desde allí, mientras Arum Korba repartía instrucciones rápidamente, la espía internacional se dedicó a mirar asombrada y no poco interesada a su alrededor, contemplando las paredes de planchas de plástico que forraban el gran pozo excavado en el desierto. Mejor dicho, no era un pozo, sino un gigantesco hangar alargado, y en el cual había exactamente cinco helicópteros de buen tamaño, todos ellos pintados del color pardoamarillento de la arena y tierra del desierto; completamente camuflados con este color, incluidas las aspas, el tren de aterrizaje, las ruedas… Todo. Incluso los cristales opacos, que habían sido pintados a brochazos gruesos, dejando los pequeños espacios mínimos para que el piloto pudiese

tener la necesaria visibilidad. Si aquellos helicópteros hubiesen estado en el exterior, no habría sido fácil distinguirlos en el desierto, desde luego.

Pero… ¿y aquel hangar? Al parecer, sólo tenía la cuadrada comunicación con el exterior, por la que había descendido el helicóptero de Isamal Ben Tuk, pero se alargaba hacia el fondo, de modo que cupiesen perfectamente no sólo cinco helicópteros, sino el triple, si hubiese sido necesario; y para salir de allí, sólo tenían que colocarse directamente bajo la salida y emprender el vuelo verticalmente…

Baby respingó cuando aquellos dos hombres, terminada la explicación de Arum Korba, volvieron a alzarla y se dirigieron hacia la pared, precedidos por Korba, que tiró de una de las planchas de plástico, dejando visible un largo, larguísimo túnel escasamente iluminado. En silencio, comenzaron a recorrerlo, mientras Brigitte oía claramente el zumbido de un generador produciendo la energía eléctrica, que, por supuesto, no existía en el oasis. Poco después, pasaban delante de un hueco en el cual estaba el generador. Y luego, en otro hueco, distinguió perfectamente una radioemisora formidable, cubierta por una funda de plástico transparente…

El túnel, según calculó la espía, debía medir no menos de media milla, pero, evidentemente, su construcción no había resultado penosa, ni mucho menos, pues la tierra era blanda allí, y no se habría sostenido de no ser por las planchas de plástico. Parecía todo como… provisional.

Al terminar el túnel, Arum Korba recurrió a otra puerta secreta, que resultó estar forrada de ladrillos por el otro lado. Al cerrarla, se encontraron, simplemente, en un sótano que podía pertenecer a cualquier casa del oasis y que a nadie que llegase hasta allí llamaría la atención en modo alguno. Subieron unas escaleras, ya dentro de una casa y aparecieron en un patio… El patio de la gran casa de Al Kotoura, donde la tarde anterior habían estado de visita Brigitte y sus colegas periodistas. Fue subida al aposento donde había conocido a Isamal Ben Tuk y tirada sobre los almohadones. Los dos árabes recibieron una orden de Korba y se retiraron.

Arum Korba encendió unos quinqués de petróleo y por fin se quedó mirando a la espía internacional.

—Si no fuese porque no quiero levantar las iras de Isamal —

musitó—, ibas a pasar una noche… inolvidable. Pero sé que él no me perdonaría que yo me adelantase…

—¿No va a soltarme? —preguntó Brigitte indiferente.

—Jamás saldrá con vida de Al Kotoura —aseguró firmemente Korba—. Usted es una espía americana.

—¿Una espía? Vamos, *Monsieur* Korba…

Éste dejó de examinar someramente el contenido del maletín de Brigitte, metió dentro de nuevo la peluca, lo cerró y se acercó.

—Lo extraño es que no lleve armas en ese maletín… —murmuró desconfiado—. Yo opino que mis hombres no han sabido… registrarla debidamente. Tendremos todos tiempo de todo antes de matarte… No podemos dejar con vida a una espía americana.

Fue a sentarse lejos de ella, profundamente alterado, irritado contra sus deseos, mientras Brigitte entornaba los ojos para contemplarlo en verdad desconcertada. ¿En qué quedaban…? Cuando había dicho que era una rusa que quería hablar con Isamal Ben Tuk, Korba había querido matarla, llamándola, además, traidora… Y ahora que sabía que era americana, decía que no podía dejarla marchar con vida… Es decir: que si era rusa, la mataba. Y si era americana, la mataba también. Pero había una diferencia: ¿por qué la había llamado traidora cuando ella había dicho que era rusa? No, no, no… No había sido entonces, sino cuando dijo que traía un recado para Isamal Ben Tuk… Pero, ¿a quién traicionaba ella para llevar un recado para el gran jeque?

Afuera, se veía la luz de la luna, empalidecida por el resplandor de los quinqués encendidos en el aposento.

Capítulo VII

Cuando abrió los ojos, el sol había salido ya. Continuaba tumbada sobre los almohadones y, por supuesto, atada de pies y manos, extremidades ambas que ya le dolían considerablemente. En especial, la mano derecha, que estaba amoratada e hinchada, debido a la excesiva presión de las cuerdas.

Bueno, al menos había dormido algunas horas y había desaparecido aquel intenso dolor de cabeza provocado por los golpes recibidos en el yate. Empezó a censurarse a sí misma el descuido, pero acabó encogiendo los hombros: nadie es infalible.

Arum Korba dormía tendido también sobre los almohadones, cerca de ella. Tan profundamente dormido estaba que Brigitte comenzó a calcular la posibilidad de arrastrarse hasta uno de los quinqués, derribarlo para que se rompiese el cristal y segar las cuerdas con sus bordes… ¿Qué podía perder? Seguramente, era muy temprano, quizá las seis de la mañana, y Arum Korba todavía podía dormir dos o tres horas más, por lo menos…

Comenzó a arrastrarse hacia uno de los quinqués después de rodar fuera del montón de almohadones. Retorciéndose, ondulando el cuerpo como una serpiente, Baby fue acercándose más y más al quinqué elegido. Una vez allí, tendría que ponerse en pie y procurar romperlo evitando al máximo el ruido. Aunque tenía las manos atadas, podía…

Muy amortiguado al principio, pero clarísimamente a los pocos segundos, al aposento, procedente del cielo, comenzó a llegar el rumor de un helicóptero acercándose. Y sucedió lo inevitable: Arum Korba abrió los ojos, estuvo un par de segundos como absorto, y luego se puso en pie rápidamente. Su mirada fue hacia el montón de almohadones donde debía estar Brigitte, respingó al no verla y acto seguido la descubrió más allá, en el suelo, mirándole fijamente. Korba se acercó a la espía, sonriendo irónicamente y tras

contemplar el sudor que empapaba el rostro femenino debido al esfuerzo realizado, le aplicó un casi amable puntapié en el vientre.

—Eres toda una hiena —comentó.

Volvió a arrastrarla hasta los almohadones, la colocó allí y abandonó el aposento, Brigitte se pasó la lengua por los labios, miró de nuevo hacia el quinqué, pero acabó por encoger los hombros: sabía que ya no tendría tiempo.

Efectivamente. Supo que el helicóptero había aterrizado en el oasis y poco después aparecía Isamal Ben Tuk, rodando más que caminando hacia ella. Todavía vestía de etiqueta y Brigitte pensó que con su traje se podían confeccionar tres para hombres normales.

Ben Tuk se sentó junto a ella, sonriendo y suspirando, cruzando las piernas, y la contempló con aquella simpática sonrisa tan notable.

—Pero cómo es eso, *miss* Montfort… —reprochó amablemente —. Me dice Arum que es usted una espía americana y que entró en mi yate subrepticiamente. ¿Es eso cierto?

Brigitte miró a Korba, que permanecía de pie, y luego devolvió la sonrisa a Isamal dulcemente.

—Es cierto, en efecto, Isamal.

—¡Qué contrariedad…! —se lamentó Ben Tuk, al parecer sinceramente apesadumbrado—. En fin, supongo que es usted de esa clase de personas que saben aceptar con entereza las dificultades.

—Por supuesto.

—Ah, menos mal… Admirable. Entiendo que uno de mis hombres regresó al yate a buscar algo, oyó que había alguien abajo, esperó escondido, y sólo después de golpear la primera vez se dio cuenta de que el intruso era una mujer. Pero, claro, para entonces ya no había más remedio que terminar lo empezado.

—No le guardo rencor a su tripulante, Isamal: hizo lo que debía hacer.

Isamal alzó las cejas, como gratamente sorprendido.

—Usted es de la clase de personas con las que me gusta tratar, *miss* Montfort. Espero que entienda que en todo esto no hay animosidad personal, sino una simple actitud de supervivencia por mi parte.

—Naturalmente.

—Gracias. Bien… Lamento mucho no poder cumplir mi palabra de ponerla bajo las enseñanzas de mis bailarinas, ni la de invitarla a champaña en mi yate, pero hágase cargo…

—Sin duda. ¿Qué tal fue la función de *ballet* anoche?

—Ah, magnífica… Sí, magnífica, admirable. Se perdió usted algo bueno, créame.

—No importa… —sonrió de nuevo Brigitte—. Cuando regrese a Kattak, mis colegas me informarán debidamente, a fin de que yo pueda enviar mi reportaje a Estados Unidos.

—Es usted formidable… —rió Ben Tuk—. Dígame: ¿qué buscaba usted exactamente en mi yate?

—A los rusos.

—¿A quién?

—A ocho, diez o doce agentes de la MVD soviética. Y a mi colega Pietro Santi.

—¿El italiano? Lo recuerdo muy bien: un sujeto descarado, muy descortés. ¿Por qué lo buscaba en mi yate?

—Ha desaparecido.

—Ah… Sorprendente. Pero le aseguro que no tenemos la menor noticia al respecto.

—Entonces, ¿dónde está?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa, querida joven? En lo que a mí concierne, el señor Santi partió con ustedes y no lo he vuelto a ver ni a tener noticias de él. En cuanto a esa docena de agentes de la MVD…, ¿por qué los buscaba en mi yate?

—Entiendo que usted trabaja para la MVD.

Isamal Ben Tuk quedó sorprendidísimo, estupefacto durante unos segundos. Luego se echó a reír.

—¡Mahoma sea alabado! —exclamó—. Vamos, vamos, *miss* Montfort: ¡yo no trabajo para nadie! Excepto para mí mismo, naturalmente.

—Entonces, no sólo he perdido el tiempo, sino que me he complicado la vida, ¿verdad?

—Mucho me temo que así es, *miss* Montfort. Sin embargo, como usted me resulta excepcionalmente agradable, no debe temer por su vida, de momento. Digamos que antes de… prescindir de usted, dispondremos del tiempo suficiente para llegar a conocernos muy

bien. Pero será a partir de mañana o pasado, cuando las cosas estén ya orientadas según mis planes. Mientras tanto, usted será mi invitada más… especial.

Brigitte asintió con la cabeza, sonriendo.

—Tengo algo que contarle, Isamal.

El simpático gordísimo se echó a reír.

—¡Espero que no sea un cuento de Las Mil y Una Noches! Aunque, a decir verdad, usted sería una magnífica Scherezade, y cualquier hombre estaría encantado de hacer el papel de Harum Al Raschid. ¿De verdad piensa entretenerme mil y una noches contándome cosas… hasta que yo decida perdonarle la vida y la ame para siempre?

—No siento el menor interés por su amor… —negó amablemente la espía más peligrosa del mundo—. Respecto al cuento que tengo que explicarle, no corresponde precisamente a Las Mil y Una Noches, sino más bien… a las Mil Primaveras.

—Por favor, ¿puede explicarse más claramente?

—Quiero que Korba salga de aquí. Sólo entonces hablaré.

Arum Korba abrió la boca, dispuesto a protestar, pero Isamal Ben Tuk se limitó a chascar dos dedos, con un gesto que no admitía ni siquiera la menor discusión. Korba abandonó el aposento y Ben Tuk dio una palmadita a Brigitte.

—La escucho, *miss* Montfort.

—Dígame primero una cosa: ¿cuáles son exactamente sus planes respecto a los cincuenta personajes reales elegidos entre todos los invitados de Amuk Zakeva?

Ben Tuk la miró vivamente interesado.

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó.

—Uno de mis compañeros de la CIA encontró esas fotografías correspondientes a cincuenta personajes reales, en el bolsillo de un espía ruso; ese ruso tenía, además, muchas fotografías de este poblado, tomadas desde lejos.

—No es posible.

—Es rigurosamente cierto. Y si lo desea, puedo mencionar a los cincuenta personajes reales foto grafiados: mi memoria es formidable, Isamal.

—Si usted conoce esos nombres, me convencerá de que no está mintiendo… —susurró Ben Tuk, ahora muy serio—. Dígalos.

Sin un solo fallo, demostrando que, en efecto, su memoria era magnífica, Baby fue mencionando uno tras otro a los reyes y reinas cuyas fotografías había encontrado Simón en el cadáver del ruso. Al terminar, Isamal Ben Tuk estaba un poco pálido, y, evidentemente, desconcertado… y no poco alarmado.

—Y le diré más —terminó Brigitte—: normalmente, tanto los rusos como los americanos tenemos en Kattak dos o tres hombres solamente. Pues bien: hace unas noches, en Kattak había entre ocho y doce agentes rusos que, en principio, se dedicaron a acorralar a mis compañeros de la CIA para matarlos. De pronto, desaparecieron.

—¿Desaparecieron?

—Completamente. No ha quedado ni rastro de uno solo de ellos en Kattak.

—¿Y dónde están?

—No lo sé. Pero tengo una teoría al respecto.

—¿Qué teoría?

—Puedo estar equivocada. Pero sabré muy bien a qué atenerme si usted me explica sus planes, Isamal. Le aseguro que le conviene sincerarse conmigo.

—Usted está loca —gruñó el gordísimo.

—Muy bien. Como quiera.

Brigitte apretó los labios y Ben Tuk se quedó mirándola. Transcurridos unos segundos, comenzó a sonreír de nuevo.

—¿Qué puedo perder? —murmuró—. Ciertamente, no será usted quien desbarate mis planes, *miss* Montfort.

—Yo no confiaría mucho en eso, pero respetaré su opinión —sonrió Brigitte—. Dígame: ¿piensa atentar contra las vidas de esos cincuenta reyes?

—¡Por Mahoma, no…! Sólo quiero secuestrarlos.

—¡Secuestrarlos! —Respingó Brigitte—. ¡Usted sí que está loco! ¿Cómo podría hacer semejante cosa? ¿Y para qué?

—Hace más de un año que vengo preparándolo todo, y sé que nada puede fallar… —aseguró Ben Tuk—. Después de eso, seré el hombre más rico del mundo, porque pienso pedir cien millones de dólares por el rescate de cada uno de esos reyes o reinas.

—Cinco mil millones de dólares… —susurró Brigitte—. No está mal la cifra, lo admito. Pero, Isamal, entiendo que ya es usted un

hombre muy rico… y sin complicaciones.

—No lo bastante rico para mis propósitos. Una vez haya cobrado esos rescates, pienso ocupar el trono de Irkan.

—¡Por Dios…! Vamos, vamos, Isamal… ¡Está loco!

—Le aseguro que no. Todo está previsto. Imagínese el revuelo mundial que se va a armar cuando sean secuestrados cincuenta reyes y reinas en Heliopolis. Para Irkan, será el caos militar, político y diplomático… Entonces, yo entraré en acción. Todo está previsto y calculado: la familia imperial será pasada a cuchillo, las tropas sometidas a mis órdenes… Antes de una semana, yo estaré ocupando el trono de Irkan… Seré el primero de mi dinastía. Ya es hora de un cambio en mi país. ¿Cuál es esa teoría suya de la que estábamos hablando?

—No pienso decírsela ahora…, salvo que lleguemos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Quiero vivir. No unos días o una semanas… Quiero «vivir».

—¿Pretende que la deje marchar?

—Me conformo con vivir.

—Entiendo. De acuerdo, trato hecho. ¿Y bien?

—Arum Korba le está traicionando a usted…

¡No me interrumpa! Cuando yo le dije a Korba que era rusa y que quería hablar con usted, me llamó traidora… ¿No le dice nada eso?

—No, lo siento.

—Pues a mí sí. He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Cuando creyó que yo era rusa, me llamó traidora y quería matarme. Al saber que era americana, también pensó en matarme, pero ya no me llamó traidora… Es decir, que sólo siendo rusa podía ser yo traidora. Pero no a usted, ahora lo comprendo, sino a él. Usted no podía ser traicionado por mí, ya que no tenía tratos con los rusos, pero él sí podía ser traicionado por una rusa o un ruso… Sume usted a esto la circunstancia de que un agente secreto ruso consiguiera las cincuenta fotografías de los personajes reales, de que llegasen más agentes de los acostumbrados a Kattak, de que hayan desaparecido de la capital… Este es mi resumen: Arum Korba «sí» trabaja para los rusos, y los ha puesto al corriente de los planes de usted, les ha facilitado las fotografías, les habrá dicho lo del hangar

subterráneo para helicópteros, su posición… Todo. Y ahora, en estos momentos, están esperando.

—Esperando… ¿qué? —murmuró roncamente Isamal.

—No lo sé. Pero, desde luego, nada bueno para usted. Es muy posible, casi cierto diría yo, que los rusos estén esperando la ocasión de aprovecharse de los planes de usted, Ismael. No sé cómo ni para qué, pero eso pienso.

Ismael Ben Tuk bajó la mirada y durante un par de minutos pareció sumirse en la grata tarea de contemplar los bellos dibujos de uno de los almohadones. Luego, sin hacer comentario alguno y sin mirar a Brigitte, se puso heroicamente en pie y salió del aposento.

Capítulo VIII

Regresó casi tres horas más tarde, acompañado por cuatro hombres que, junto con el que había enviado antes para vigilar a la espía americana, sumaron cinco alrededor de ésta cuando, siempre el silencio, el gran jeque la desató.

Brigitte lanzó un suspiro de alivio y se dedicó durante unos minutos a frotar suavemente sus manos, restableciendo la circulación totalmente. Si hubiese estado atada unas horas más, incluso podía haberse producido gangrena. También frotó sus pies, a pesar de lo cual, cuando se incorporó no pudo sostenerse, y volvió a caer sobre los cojines. Siguió frotando, moviendo las articulaciones, los dedos… Poco a poco, como en una perfecta máquina que está siendo debidamente engrasada, todos los miembros de la espía fueron recuperando su función… mientras se escuchaba en el cielo el zumbido de un avión. Brigitte miró hacia las ventanas, pero siguió dedicada a lo suyo, tenazmente. Ismael Ben Tuk se había acercado a las ventanas y sólo se volvió cuando dejó de oírse el motor de la avioneta, que, evidentemente, había aterrizado muy cerca del oasis.

—Le estoy a usted muy agradecido, *miss* Montfort —habló entonces Ben Tuk—. Y opino que se merece una amable demostración de mis planes. Esa demostración es también muy conveniente para mí, ya que así podré ver si hay todavía algún pequeño fallo en ellos, que sería debidamente corregido. ¿Puede caminar ya?

—Creo que sí.

—Venga conmigo, por favor.

Bajaron al patio y salieron al centro del poblado, en el cual se veían mujeres, niños, hombres, animales… Una vida plácida y tranquila, normal. El sol estaba ya bastante alto y era maravilloso ver pasar sus rayos entre las palmas altísimas… Un grupo de niños

rodeó a Brigitte apenas apareció, mirándola con curiosidad, sonriendo; más allá, unas mujeres la contemplaban todavía con mayor curiosidad.

—Vamos hacia el avión —dijo Ben Tuk.

Brigitte miró hacia donde señalaba el árabe y comenzó a caminar hacia la parda avioneta, sonriendo a los niños que la seguían dando saltitos a su alrededor… Pero su sonrisa quedó congelada por el espanto que le produjo la súbita visión al pasar junto a una de las palmeras. Se detuvo en seco y quedó tan pálida como si jamás hubiese tenido sangre en el rostro.

Allá, atado a la palmera, destrozadas sus ropas, estaba Arum Korba. Es decir, debía de ser Arum Korba, pues era su cabeza y no otra la que yacía en el suelo, a sus pies. Unas súbitas náuseas acometieron a la espía ante aquel cuerpo decapitado horriblemente, y ladeó la cabeza al fin, desviando la mirada de aquella cabeza caída sobre la arena.

Ismael Ben Tuk la tomó de un brazo amablemente.

—Usted tenía razón —dijo con toda tranquilidad—. Arum me estaba traicionando, a cambio de dinero y ciertas promesas de los rusos. Naturalmente, hemos conseguido que nos lo explicase todo… Por favor, sigamos hacia la avioneta.

Poco después, Brigitte se encontraba sentada en el aparato, junto a Ben Tuk, rodeados ambos por los cinco hombres armados encargados de su seguridad… aunque cerca sólo hubiese una mujer. Ben Tuk dio una orden, y la avioneta comenzó a rodar hacia el camino de tierra convenientemente dura, hasta que se elevó.

—Puedo explicarle ahora —dijo Ben Tuk— por qué los rusos no están en Kattak: se hallan en las ruinas de unas chozas abandonadas hace algunos años, cuando se secó el manantial. Están a muy pocas millas de aquí y vamos a probar con ellos si todo funciona debidamente… ¿Se encuentra bien?

—Sí… Sí.

—Lo celebro. ¿Sabe lo que pretenden los rusos? Son muy astutos… y muy aprovechados, desde luego. Quieren que yo consiga secuestrar a los cincuenta reyes y reinas, y entonces, ellos intervendrán para liberarlos… Con lo cual, el espionaje ruso se ganará la simpatía y el agradecimiento de todo el mundo. Es un gran golpe psicológico, ¿no le parece, *miss* Montfort?

—Sí.

—Los rusos podían haberme delatado utilizando la información de Arum, sencillamente. Pero eso les habría quitado mérito… Habría sido simple espionaje. En cambio, liberando a los reyes ya secuestrados, serán unos héroes y la MVD será considerada a partir de ese momento de modo muy diferente a como se la ha estado considerando hasta entonces. Sólo eso.

—Es una buena jugada de la MVD —consiguió sonreír Brigitte —. Mucho mejor que la de delatarlo a usted antes de los hechos.

—La lástima para los rusos es que esa jugada de la MVD no va a poder realizarse. Esos doce hombres que están esperando el momento de intervenir, no podrán hacerlo. Supongo que disponen de armas adecuadas y un buen plan para asaltar Al Kotoura cuando sólo haya en el poblado la gente habitual, pero… no podrán hacerlo, se lo garantizo.

—¿Vamos ahora a por ellos?

—Así es.

—¿Piensa… ametrallarlos desde la avioneta?

—No, no… Es mucho más sencillo. Les vamos a bombardear con gas… Lo cual, como le he dicho, será el ensayo final y servirá para corregir cualquier pequeño defecto de última hora. A los rusos les va a pasar ahora lo que les ocurrirá a los reyes y reinas al amanecer de mañana: se dormirán. Es decir, los reyes, que estarán durmiendo en sus chalets, se dormirán aún más profundamente bajo los efectos del gas que lanzaremos desde esta avioneta. Pero… ¿no le gustaría presenciarlo todo, *miss* Montfort? Usted, como espía, debe sentir un gran interés por mi operación, supongo.

—Cierto. Un interés grandísimo. Y tendré mucho gusto en acompañarle, Ismael. Para poder…

El piloto de la avioneta dijo algo en su idioma y Ben Tuk replicó rápidamente. El avión comenzó a ladearse y segundos después el gran jeque señalaba hacia abajo.

—Vea: el oasis abandonado.

—Parece que no hay nadie ahí…

—Nunca hay nadie desde que dejó de brotar agua. Pero en esas ruinas, bien escondidos, están los rusos… salvo que Arum me haya mentido, cosa que dudo. Observe, *miss* Montfort.

Volvió a hablar en su idioma y el hombre sentado junto al piloto

asintió, conversó con éste y tomó una palanca de mandos no pertenecientes a la avioneta. Poco después, ésta enfilaba directamente el pequeño y abandonado oasis, apenas un grupo de palmeras que ya iban muriendo junto a las semiderruidas chozas. El hombre junto al piloto movió la palanca, y por delante de la avioneta brotaron dos llamaradas… Abajo, en el centro del pequeño oasis, se alzaron dos insignificantes nubecillas blancas, que Brigitte dejó de ver cuando la avioneta rebasó aquella posición; pero regresó, perdiendo altura…

—¿Vamos a aterrizar? —preguntó Baby.

—Sí, naturalmente.

—¿Para qué?

Ben Tuk la miró sorprendido.

—Para matar a los rusos, por supuesto. Ahora están dormidos por el gas, así que será fácil eliminarlos.

—Usted no ha entendido bien las cosas. Isamal. Si mata a esos hombres, no vivirá ni veinticuatro horas. Evidentemente, la MVD sabría muy bien a qué atenerse y tomaría represalias terribles contra usted. En cambio, si se limita a dejarlos fuera de combate para que no intervengan, se tomarán las cosas con más filosofía, y hasta es posible que más adelante, cuando usted estuviese ocupando el trono, buscasen su amistad. Pero si los mata…

Movió la cabeza, y Ben Tuk estuvo unos segundos contemplándola con admiración, antes de musitar:

—Es usted lista… Muy inteligente, *miss* Montfort. Creo que voy a seguir su sugerencia… —sonrió de pronto—. ¿No le parece gracioso que una espía americana acabe de salvar la vida a doce o más espías rusos?

—Muy gracioso —susurró Brigitte.

La avioneta tomó tierra poco después y llegó rebotando hasta muy cerca del diminuto oasis abandonado, reseco ya, moribundo. Dos de los hombres de Ben Tuk saltaron a tierra y fueron hacia lo que quedaba de las chozas… Uno de ellos regresó un par de minutos más tarde y conversó con Isamal Ben Tuk, el cual se volvió hacia Brigitte, sonriendo, tras despedir con un gesto al informante.

—Buena noticia para usted… Los rusos tienen al italiano. ¿La sorprendería mucho que él estuviese trabajando para ellos?

—Claro que me sorprendería —sonrió Brigitte—. Lo que ocurre

es que la otra noche, cuando Pietro Santi regresaba a pie hacia Kattak, lo vieron alejarse del oasis, creyeron que podía ser alguien de la CIA husmeando por allí, y lo capturaron. Eso es todo.

—Muy lista —insistió Isamal—. Listísima.

—Pero no tanto como Scherezade —sonrió de nuevo Brigitte.

—¿Quién sabe? —murmuró Ben Tuk—. Me voy convenciendo por segundos de que la vida junto a usted tiene que resultar altamente interesante. Quizá no sepa tantos cuentos como Scherezade, pero… imagino que dispone de otros recursos para interesar a un hombre… durante largo tiempo.

—Espero tener la ocasión de demostrárselo, querido Isamal.

El gordísimo se pasó la lengua por los labios.

—Será un placer recibir de usted esa clase de demostraciones. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias. No quisiera parecerle una invitada exigente, pero me atrevo a recordarle que anoche no cené y que esta mañana no he tenido desayuno.

—¡Por Alá misericordioso…! ¿Es eso posible?

—Temo que sí, querido.

—Resulta un gravísimo oprobio para mí y para la hospitalidad de Al Kotoura… ¡Pondremos remedio apenas regresar allá!

—Es usted maravillosamente amable —rió Brigitte—. Espero que cumpla su palabra.

* * *

Isamal Ben Tuk cumplió su palabra.

Cuando llegaron a Al Kotoura era casi mediodía y el sol caía a plomo sobre el poblado. Pero Brigitte fue llevada al aposento del gran jeque, donde quedó estupendamente instalada y atendida en todo cuanto quiso pedir, mientras algunos hombres de Ben Tuk regresaban al pequeño oasis con más cuerdas y cadenas, pues los rusos y el infortunado Pietro Santi no habían quedado atados a su gusto y convenía que permaneciesen inutilizados al despertar, lo cual, según explicó Ben Tuk, sucedía apenas una hora después de haber inhalado el gas; y, por supuesto, para mayor seguridad respecto a la inutilización de los rusos, dos de aquellos hombres, bien armados, se quedaron allí, a vigilarlos.

Mientras tanto, el cuerpo y la cabeza de Arum Korba habían desaparecido, sin duda enterrados en cualquier lugar del oasis, sin que la placidez de éste pareciese alterada por el sangriento suceso.

Y las horas comenzaron a discurrir, en una calma absoluta, en un tedio terrible para la espía internacional. Tres hombres armados se quedaron con ella, sin perderla de vista ni un segundo, ni siquiera cuando, después de almorzar con gracioso apetito, la espía más peligrosa del mundo durmió una larga siesta, tendida sobre los almohadones. Cuando despertó, se dedicó a contemplar el oasis desde el ventanal, sonriente. Parecía una simpática, cordial, deliciosa invitada mimada, y, cuando aburridísima, pidió la presencia de las bailarinas para que la instruyesen, uno de sus guardianes salió corriendo del aposento. Regresó pocos minutos después, sonriendo, acompañado por las jóvenes árabes y por los músicos, y estuvieron bailando y riendo, especialmente cuando la «invitada» se puso a tocar uno de sus instrumentos de cuerda, bastante bien, por cierto…

Después de la hora de la oración, las bailarinas se retiraron. Y, ya anochecido, apareció el gordísimo y cordial Isamal Ben Tuk, que se sentó junto a la espía.

—Al parecer, sabe usted captarse las simpatías de todo el mundo, *miss* Montfort.

—Gracias. Usted también es simpático… Aunque lamento que sus planes no lo sean tanto.

—¿Por qué? —se sorprendió Ben Tuk—. ¿Qué puede importarle a usted que en Irkan gobierne yo o Amuk Zakeva?

—Nada, ciertamente. No es eso lo que me preocupa, Isamal, sino la revuelta que brotará inevitablemente cuando usted quiera ocupar el trono… Una revuelta siempre significa sangre, cientos de muertos, quizá miles… Destrucción, saqueo, satisfacción de rencores personales… Cualquier guerra, por pequeña que sea, tiene esas y otras muchas desagradables consecuencias.

—Es cierto —admitió Ben Tuk—. Pero no es cosa que deba preocuparnos a nosotros: no a mí, al menos, que sólo me interesan mis proyectos imperiales… ¿La han atendido bien?

Brigitte bajó los ojos, para que Ben Tuk no viese en ellos el frío destello.

—Muy bien, sí… Admirablemente. No me importaría quedarme

aquí toda la vida.

—Usted merece sitios mejores que éste —replicó en seguida el árabe—. Incluso un palacio, con trono y corona…

—Ya tuve palacio, trono y corona…, y me desprendí de todo ello[3].

—¿Está bromeando?

—Debería usted estar más al corriente de los acontecimientos del mundo occidental, Isamal. Supongo que se ocupará de ello cuando sea emperador.

—Es usted una mujer notable —murmuró Ben Tuk—. Extraordinariamente notable. Sea sincera conmigo: ¿no tiene miedo?

—Yo no temo a nada ni a nadie. Es decir…, puedo tener miedo, pánico, terror, en determinado momento, porque no soy una máquina, sino un ser humano. Es una reacción… biológica normal. Pero, en todas las circunstancias, he sabido sobreponerme a ese miedo y aceptar con serenidad los acontecimientos. Una vez conocido el objeto o motivo de mi miedo que brota inevitable, me sobrepongo y… paso al contraataque. Entonces, casi siempre, soy yo la que causa miedo.

Isamal Ben Tuk se echó a reír, palmeando cariñosamente un muslo de Brigitte.

—¡Magnífico, magnífico…! —exclamó—. ¡Fantástico!

—¿Cenaremos juntos? —sonrió ella.

—Temo que no podrá ser.

—Bien… Entonces, quizá deba… esperar despierta su… visita esta noche, Isamal.

—Me gustaría… —Relampaguearon los ojos del árabe—. Pero un trono es una cosa muy seria, *miss* Montfort. Sólo un necio cambiaría un trono por una mujer, aunque ésta fuese la más bella del mundo. Así que esta noche voy a estar muy ocupado… Mucho.

—Supongo que revisando los últimos detalles de sus planes, asegurándose de que los helicópteros funcionan debidamente, que cada hombre recuerda perfectamente su cometido… El último repaso del plan, ¿no es así?

—En efecto. Pero mañana a la noche todo estará bien, y… tendré en gran estima su… invitación para visitarla. Es usted una mujer razonable.

—Las cañas más fuertes, las rompe el viento; las más débiles se doblan, y cuando cesa el viento, vuelven a enderezarse, sanas y salvas.

—Absolutamente admirable. Tanto que… Bueno, estoy reconsiderando su… oferta, *miss* Montfort. Es usted… magnética, impresionante. Sí… Quizá dentro de un par de horas consiga… dejarlo todo a punto para mañana. En realidad, ¡es tan fácil! ¡Y hace tanto tiempo que lo estamos preparando…!

—¿Cómo lo haremos?

—¿Lo haremos? —Alzó las cejas Ben Tuk.

—Me ha prometido llevarme, querido.

—Oh… Ya veremos. De todos modos, no se perdería usted gran cosa. El procedimiento es altamente sencillo…

—Todo lo perfecto es sencillo.

—Cierto —rió Isamal, cada vez más admirado de aquella extraordinaria mujer—. ¡Cierto! Bien: con la avioneta, por sorpresa, dispararemos los gases, en tal abundancia que todo el mundo en Heliopolis quedará dormido en menos de tres segundos. Incluso los soldados… Y está calculado el tiempo de tal modo que no se pueda utilizar la radio de campaña militar. No tendrán tiempo de nada: se dormirán, eso es todo. Inmediatamente, la avioneta se dirigirá hacia el mar, donde estará esperándome mi yate. Y, mientras tanto, los helicópteros que sin duda ha visto en el subterráneo aterrizarán en Heliopolis, donde todo el mundo estará durmiendo. Mis hombres trasladarán a los helicópteros a los reyes y reinas elegidos… Diez en cada helicóptero. Luego, emprenderán el vuelo hacia Al Kotoura, la plataforma del subterráneo se alzará, y uno tras otro descenderán los cinco helicópteros. En el hangar, los personajes reales serán… descargados, y allá permanecerán, vigilados por hombres armados. Mientras tanto, naturalmente, se emprenderá la búsqueda de esos personajes por todo el país, por el mar, por los países vecinos… ¿Se imagina el caos que van a organizar?

—Más o menos —murmuró Brigitte.

—Pero, por supuesto, a nadie se le ocurrirá buscar a los personajes reales debajo de Al Kotoura, tan cerca de Heliopolis, tan cerca de Kattak… Y un día más tarde, cuando la desesperación haya cundido en todo el mundo, utilizaré mi radioemisora, que interferirá Radio Irkan para dar instrucciones que serán

transmitidas al mundo entero sobre cómo y cuándo serán devueltos los reyes y reinas… a cambio de cien millones de dólares por cabeza real. ¿Es o no es sencillo?

—Sí —admitió Brigitte a su pesar—. Puede salir bien, en efecto. En realidad, creo… que le saldrá bien, Isamal. Por dos motivos. Uno, que lo ha preparado muy bien durante meses y meses. Y dos, que nadie espera semejante ataque en Heliopolis. Entiendo de estas cosas, y, en lo… profesional, debo decirle que admiro su… talento, sinceramente. Me gustaría presenciar toda la acción.

—Lo pensaré. Y también pensaré en la conveniencia de venir a verla más tarde.

—Le estaré esperando —sonrió ella dulcemente—. Ah, por si viene, me gustaría arreglarme un poco… ¿No podrían entregarme mi maletín? Llevo allí todos mis… cosméticos, y cosas así.

Isamal Ben Tuk se echó a reír de buena gana. Dio una orden, y uno de los guardianes salió precipitadamente, regresando poco después con el maletín de Brigitte, que depositó en manos de Ben Tuk, el cual, riendo de nuevo, lo abrió, y alzó con dos dedos la rubia peluca.

—Las rubias me gustan muchísimo —dijo festivamente—, así que, por si quiere complacerme, le dejaré la peluca. Sin embargo, me temo que esto y esto —mostró la radio y la pistolita de Brigitte— no podré dejarlo en su maletín, querida mía.

—Me hago cargo —rió Brigitte.

—Por lo demás, utilice el maletín como prefiera. Aunque usted no necesita estas cosas. Espero que la cena sea de su agrado y que descanse agradablemente pensando en mi probable visita. Hasta luego.

Capítulo IX

Parecía dormida, pero no lo estaba. Los tres guardianes habían sido relevados después de la cena y cada uno en su sitio contemplaban atentamente a la bellísima mujer… hasta que, hasta el aposento, llegó el resonar de pesadísimas pisadas y, segundos después, Isamal Ben Tuk aparecía. Los tres hombres se pusieron en pie, pero él no les concedió ni siquiera una mirada. Sus ojos se clavaron en Brigitte, que permaneció inmóvil, entreabierta la boquita dulcemente, y fijos sus ojos por entre los entornados párpados en el gordísimo jeque, en cuyo rostro apareció una expresión que casi la estremeció.

Durante unos segundos que parecieron una eternidad, Isamal Ben Tuk estuvo contemplando a la bella rubia dormida como una niña sobre los almohadones de bonitos dibujos y colores. Luego murmuró una orden, y los guardianes apagaron los quinqués y abandonaron el aposento, en silencio.

Poco a poco, tanto el árabe como la fingida durmiente fueron acostumbrándose a la luz de la luna que entraba por el ventanal, recortando afuera, contra el estrellado cielo, las palmeras… Luego, Isamal Ben Tuk se fue acercando, hasta que pudo tenderse junto a la muñequita que parecía hecha de terciopelo y sol. Puso una de sus manos sobre el cuerpo de ella, y apretó… Brigitte Montfort emitió un gemidito y se volvió. Sus ojos se abrieron.

—Isamal —murmuró.

—Sí, soy yo.

—Has venido… —Le rodeó el cuello con los brazos, se apretó contra él y lo besó en la boca—. Perdona que me haya dormido…

—No importa —dijo él roncamente—. Ahora estás despierta.

—Sí —la sonrisa de la espía brilló a la luz de la luna—. ¿Estamos solos?

—Claro.

—¿Tus hombres están afuera, en la galería…?

—Sí, sí… No hablemos más…

—Es verdad. No hay tiempo que perder… Adiós, Isamal Ben Tuk.

—¿Ad…?

Isamal Ben Tuk ni siquiera vio el cepillo para el cabello que la espía tomó de debajo de uno de los almohadones. Sólo oyó un suave chasquido, algo brilló en la oscuridad por debajo de su barbilla, y luego notó aquel pinchazo en la garganta. Ni siquiera pudo emitir un gemido… Pero sus ojos se abrieron desmesuradamente, se desorbitaron, mientras sentía como un relámpago de frío recorriéndole todo el cuerpo desde la garganta… Brigitte retiró el cepillo para el cabello con el estilete saliendo por el extremo y lo volvió a clavar, estremeciéndose, pero implacable. Sólo un quejido que incluso ella apenas oyó brotó ahora de la boca de Isamal Ben Tuk, y acto seguido el gordísimo se relajó, se desplomó, pareció desparramarse encima de los almohadones. Brigitte le puso una mano en una sien, y esperó en vano a notar algún latido.

La Muerte había visitado el cuerpo de Isamal Ben Tuk, cuya alma, con un poco de suerte, estaría ya camino del reino de Alá.

Muy despacio, cuidando que aquella mole no rodase fuera de los almohadones, Brigitte se apartó de él y se puso en pie tras limpiar el estilete en uno de los cojines. Apretó de nuevo el mango, y la hoja de acero desapareció dentro del cepillo. Miró hacia la galería, y apretó los labios. Tenía que hacerlo, eso era todo. Porque si ella no impedía que los planes de Ben Tuk llegasen tan siquiera a iniciarse, si no conseguía que todo quedase en algo ignorado para siempre por todo el mundo, el caos sería inevitable: reproches diplomáticos, críticas, censuras…

Comenzó a caminar hacia la galería y una vez allí se asomó. Afuera, en efecto, estaban los tres guardianes, sentados sobre las baldosas con las piernas cruzadas y, al parecer, dormitando. Pero, en cuanto ella salió a la galería, los tres alzaron la cabeza y se pusieron vivamente en pie, apuntándola con sus pistolas.

—Algo le pasa a Isamal —dijo ella en francés, con voz temblorosa—. Está enfermo, se ha desmayado…

Quizá no lo entendiesen todo, pero fue suficiente el hecho de

que ella estuviese allí, tan asustada, para que los tres árabes se precipitaran hacia el aposento a toda prisa. Es decir: dos. Dos solamente, porque el último fue retenido por la espalda por una mano delicadísima, y, simultáneamente, un frío terrible penetró en su espalda con aquel pinchazo; se crispó, abrió la boca… y el pinchazo se repitió, más fuerte, terrible, mortal.

Brigitte sostuvo al árabe muerto hasta que llegó al suelo, y se lanzó en pos de los otros dos. Cuando entró en el aposento, ellos estaban llegando junto al yacente Ben Tuk. Murmuraron algo, y uno se arrodilló en los almohadones, tocando a Isamal…, mientras el otro, que se había vuelto mascullando algo hacia quien él creía que era su compañero llegando tras él, sólo tuvo tiempo de ver aquella especie de brillante culebra cortando el aire hacia él. El impacto del estilete, respaldado por el peso del cepillo, fue tan terrible en su garganta, que lo tiró hacia atrás como fulminado; el tercer árabe, que acababa de mancharse una mano con sangre, no tuvo tiempo tampoco de comprender nada de nada, porque cuando quiso reaccionar, una pantera rubia estaba ya en el aire, saltando hacia él.

Fue un choque fortísimo, que los derribó a ambos sobre los almohadones y sobre Ben Tuk, que acabó rodando hacia el piso, como un gran globo mal hinchado. El árabe quiso gritar, avisar lo que estaba ocurriendo, pero ya la pantera había pasado a su espalda, y un bracito fuerte como el más templado acero se había incrustado en su garganta, apretando terriblemente, mientras las bellas piernas femeninas aparecían por detrás del hombre y rodeaban sus muslos, en una inmovilización por detrás absolutamente indestructible.

—AAaaAaa… aaggg… gg… g…

Todavía permaneció Brigitte unos segundos apretando aquel cuello, asegurándose, mientras en su frente habían aparecido ya las gotitas del sudor de la angustia. Por fin, le soltó, le empujó hacia un lado, y tanteó sobre los almohadones en busca de la pistola del último en morir.

La encontró, se puso en pie, y fue adonde había dejado su maletín, en el cual guardó el cepillo tras limpiar el estilete. Podían quedarse con su pistolita: ya tenía una. En cuanto a la radio, esperaba no tener problemas.

Se asomó por la galería al gran patio con alberca, y no vio a

nadie. Debían ser quizá las dos de la madrugada, de modo que hasta las cinco o las seis, todos debían estar durmiendo, esperando el gran momento. La pregunta era: ¿dormían en el hangar o en las casas del oasis? Lógicamente, arriba, en las casas. Todo lo más, abajo podían haber quedado algunos guardianes, que estarían amodorrados, tranquilos, seguros de que nada podía ocurrir… Llegó al patio sin novedad, y se dirigió directamente al sótano de paredes de ladrillo. No sería por sentido de orientación por lo que ella perdiese una partida. Encontró la puerta, entró en el sótano y comenzó a tantear la pared de ladrillos, hasta que, para sorpresa de ella misma, se oyó un chasquido, y la puerta comenzó a abrirse…, mientras ella se colocaba a un lado, lista para disparar…

El pasillo estaba vacío, mortecinamente iluminado, tal como lo recordaba. Se metió en él, caminando rápidamente, casi corriendo, hasta llegar al hueco donde había visto la radioemisora, que continuaba allí, envuelta en su funda de plástico, que Brigitte arrancó de un tirón, bruscamente. Se quedó unos segundos contemplando la emisora, y luego comenzó a mover el dial de la onda… Tenía que encontrar la onda de Irkan para la CIA, o el riesgo de que todo sucediese aún peor que en vida de Ben Tuk sería inevitable…

—Kamel… —llamó—. Kamel Namir… ¿Puede oírme?

Las gotas de sudor en su frente eran ahora más gruesas y abundantes. Hacía calor allí dentro, recogido durante todo el día sobre la arena de encima, sobre la reseca tierra…

—Llamando a Kamel Namir —insistió tras mover de nuevo el dial—. Llamando a…

—La escucho.

Brigitte casi lanzó un alarido de alegría.

—Kamel, escúcheme atentamente: deje todo lo que pueda estar haciendo en este momento y salga de Kattak ahora mismo con el coche, hacia Al Kotoura. Me encontrará por el camino, espero que en helicóptero. Si cuando esté a una milla de Al Kotoura no nos hemos visto, dé media vuelta, regrese a Kattak, y preséntese en el Ministerio del Ejército, para exigir que inmediatamente salgan soldados hacia Al Kotoura y lo tomen sea como sea. Al mismo tiempo, una escuadrilla de cazas deberá despegar y estar sobrevolando Heliópolis: si aparecen varios helicópteros, que los

derriben. ¿Me ha entendido?

—Sí, sí. ¿Qué está…?

—¡Eso es todo! ¡No tengo tiempo para más explicaciones!

Cortó la comunicación, cerrando con gesto brusco la clavija, y se precipitó al pasillo…, dándose de cara contra un hombre que llegaba allí a toda prisa, pistola en mano, procedente del hangar.

Los dos respingaron a la vez, pero la espía internacional reaccionó con muchísima más velocidad: su mano armada se alzó, y la frente del árabe crujió al recibir el tremendo golpe de pistola. Al caer hacia atrás, dejó visible a otro, que, con los ojos desorbitados, estaba apuntando a Brigitte.

¡Pack!, restalló el disparo en el subterráneo.

La bala restalló por encima de la cabeza de Baby, que se había dejado caer de rodillas, mientras, a su vez, disparaba contra el hombre. Su disparo también hizo vibrar las planchas de plástico que sujetaban la tierra arenosa, mientras la bala daba en la frente del árabe y lo tiraba aparatosamente de espaldas.

Brigitte echó a correr pasillo adelante, siempre hacia el hangar, sudando cada vez más copiosamente. Era terrible el calor que hacía allí dentro; parecía un horno… La puerta que comunicaba con el hangar estaba abierta, y por ella apareció otro hombre cuando Baby se hallaba a menos de veinte metros.

¡Pack!

El hombre saltó también hacia atrás, desapareciendo en el interior del hangar, al cual llegó Brigitte sin dejar de correr, desorbitados los ojos, mirando hacia todos lados… Lanzó un chillido cuando vio de pronto al otro árabe, a su derecha, disparando ya contra ella… La bala rozó su costado, como un latigazo de fuego, pero no fue suficiente para impedirle disparar casi simultáneamente que el árabe… y con mejor puntería. El árabe cayó de bruces, mientras Baby comprendía que ya no había nadie más allí dentro. Pasó por encima de su último enemigo, volviendo a gritar cuando las manos de éste se clavaron en su pierna izquierda, intentando derribarla… Se soltó de un tirón y disparó el pie derecho, con tal fuerza que partió la mandíbula del árabe, desvaneciéndole en el acto.

Tres segundos más tarde, la espía estaba empujando uno de los helicópteros hacia debajo de la rampa de salida. Lo dejó allí y corrió

hacia los mandos que alzarían la gran plataforma, conectándolos. Se oyó un chasquido, luego algo crujió… La plataforma comenzó a alzarse, dejando ver el estrellado cielo.

Y por el subterráneo se oían ya gritos, palabras en árabe, carreras… Brigitte se encaramó al helicóptero, dio el encendido, las aspas comenzaron a girar… Cuando los hombres de Isamal Ben Tuk que habían entrado por el patio de la gran casa llegaron al hangar, el helicóptero tripulado por la espía estaba ya saliendo. Comenzaron a disparar, pero era demasiado tarde; algunas balas rebotaron contra el aparato, y eso fue todo.

Arriba, de pronto en pleno desierto sumergido en la oscuridad, con la luna ya casi invisible, pero con miles de estrellas disipando escasamente las tinieblas, Baby comprendió lo que iba a suceder inmediatamente: los demás helicópteros saldrían en su persecución.

Así que aterrizó muy cerca de allí, abrió el maletín y sacó el secador de cabello a pilas, el trípode de aluminio… En menos de veinte segundos, justo cuando el primer helicóptero aparecía por el agujero, tenía montado el tubo-fusil; deslizó una ampolla por la boca de fuego, apuntó velozmente al helicóptero que ascendía, y apretó el disparador.

Una bola de fuego pareció absorber al otro helicóptero, y la noche, por un instante, se llenó de roja luz…, hasta que el incendiado aparato cayó por el hueco, hacia el interior del hangar, donde se produjo una violentísima explosión final; la tierra y la arena temblaron, se movieron…, se hundieron por fin, alzando una gran nube de polvo teñido de rojo. Toneladas de tierra y arena cayeron con sordo estruendo, y la espía comprendió que aquellos helicópteros jamás podrían despegar.

En cambio, ella sí pudo despegar.

Y ni siquiera cinco minutos más tarde, veía los faros de un coche por la carretera que pasaba por Al Kotoura. Hizo una señal con sus luces, y los faros del coche respondieron del mismo modo. Muy bien: allá estaba Kamel Namir.

Capítulo X

—¡Pietro! —exclamó Brigitte—. ¿De dónde sales a estas horas y con ese aspecto?

—Ya es de día, y son casi las siete de la mañana —murmuró Pietro Santi—. ¿Puedo pasar?

—Pero… estaba durmiendo…

El italiano miró desfallecidamente a la bellísima jovencita en camisita de dormir.

—Ya lo veo… Pero será mejor que te levantes ya.

Entró, cerró la puerta y sonrió a Brigitte, que lo contemplaba estupefacta, incrédula. El bello italiano tenía las ropas sucias y arrugadas, el cabello cubierto de polvo, barba de dos días… Su aspecto no podía ser más lamentable.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde has estado?

—Si te lo cuento no vas a creerme… Si no me equivoco hoy es el día de la clausura de Las Fiestas de las Mil Primaveras, ¿no?

—Sí… A las once de la mañana… Pero, ¡por amor de Dios, dime…!

—Me raptaron.

—Te… ¿qué?

—¡Me raptaron! ¡Creo que he estado entre locos!

—Pero… ¡Oh, creo que debí avisar a la Policía, tal como pensé! Pero como te quedaste en Al Kotoura, no sabía…

—Mejor que no hayas dicho nada, porque ni yo mismo sabría explicar nada. Conseguí buenas fotografías en Al Kotoura, y, en cuanto oscureció, me fui de allí… Apenas me había alejado unos cientos de metros, me salieron al paso dos tipos armados, me hablaron en inglés y me dijeron que yo era un espía…

—¡Un espía! ¡Dios bendito! Pero… ¿quiénes eran esos hombres, qué querían…?

—¡Y yo qué sé! Me llevaron a un oasis más seco que el mismo

desierto, me ataron, y me tiraron al suelo, como un cordero a punto del sacrificio. Me desgañité diciéndoles quién era, por qué me habían encontrado allí… En fin, todo.

—¡Y no te creyeron!

—Pues… me parece que al final, sí, pero… no quisieron dejarme marchar. Luego, ayer, no sé qué pasó, pues me dormí. Cuando desperté, todos aquellos tipos, creo que había diez o doce, estaban tan atados como yo y había dos árabes armados que nos vigilaban… Esta madrugada, yo estaba despierto, pensando el modo de salir de ese lío, cuando, de pronto, volví a dormirme. ¿Y qué dirás que ha pasado luego?

—¡Pero todo eso es fascinante, Pietro…! ¿Y cómo quieres que yo sepa lo que ha pasado luego? ¡Ni que lo hubiese planeado yo, querido!

—Claro… Bueno, pues hace una hora me he despertado tendido en el desierto, a poca distancia de Kattak. Y estaba yo solo, y desatado: ni árabes, ni aquellos tipos de las pistolas que dijeron que yo era un espía… Así que… aquí estoy.

—¡Qué cosas más asombrosas pasan en estos países…! ¡A lo mejor querían robarte, o…!

—Tengo todo mi dinero. No me han robado ni un cabello.

—Es terrible… ¡Supongo que se lo dirás todo a la Policía!

—Pero ¿qué quieres que les diga? —refunfuñó Pietro—. ¡Ni siquiera yo mismo sé lo que ha pasado! ¡Dirán que estoy loco, que he pillado una insolación, o algo así…! ¡No pienso hablarle de esto a nadie! Y te suplico que tú hagas lo mismo.

—Bueno… No sé… Claro que si tú no quieres mencionar tan extraño asunto…

—Bien, eso es lo que quiero. He querido verte a ti antes de que se levanten los demás porque, claro, con todo esto he perdido parte de esos festejos, y mi jefe debe estar echando fuego… Creo que si me contases lo que ha estado pasando en Heliopolis, yo podría grabar una de tus cintas, enviarla con urgencia, y… creo que aún saldré bien librado. ¿Querrás hacerlo?

—Claro que sí. Pero… Oh, bueno, claro, tú no sabes que yo no me he sentido muy bien el día de ayer, así que me perdí la cena de gran gala. Y la verdad, tampoco estuve muy atenta a la función de *ballet*… Ayer estuve todo el día encerrada aquí, y no contesté a

nadie, ni llamadas telefónicas… Tendremos que pedir ayuda los dos a nuestros compañeros.

—¡Pues vaya par de periodistas que estamos hechos…! ¡Esto va a ser mi ruina profesional, mi jefe me echará de cabeza al río Tiber, me…!

—Cálmate, hombre… Yo creo que alguna solución habrá. Es cierto que hemos perdido buena parte de los festejos, pero, a fin de cuentas, piensa que ésos serán descritos por los periódicos de todo el mundo, así que no es precisamente una exclusiva que nos haga famosos. En cuanto a mí, pienso enviar dos cintas a mi jefe en cuanto nuestros colegas nos pongan al corriente, antes de ir a la clausura, y eso será suficiente. Lo que tendríamos que hacer es encontrar algo… diferente a lo que todo el mundo ha escrito y va a escribir sobre estos festejos.

—¡Diferente! ¿Se te ocurre algo?

—Pues… de momento, no, pero… ¿quién sabe? Lo que sí te aseguro es que yo he tenido siempre una suerte fabulosa, y no veo por qué va a ser distinto esta vez. Anda, ve a arreglarte, que tenemos muchas cosas que hacer antes de ir a Heliópolis para la clausura de las Fiestas de las Mil Primaveras.

Este es el final

—¿Mi presencia? —se sorprendió la bellísima joven de los ojos azules—. ¿Está seguro?

—Naturalmente, *miss* Montfort.

—Ah… ¿Sabe mi nombre?

El chambelán sonrió con exquisita cortesía.

—Su majestad lo sabe todo sobre usted, *miss* Montfort, y es precisamente por eso que desea conversar con usted unos minutos.

—Bien… Es un gran honor, desde luego… ¿Puede venir con nosotros mi amigo, el señor Santi? Espero que eso no moleste a su majestad.

Se fueron detrás del chambelán, todavía boquiabierto el muy estupefacto Pietro Santi. La sorpresa era tal que no conseguía reaccionar. ¿Lo estaba soñando o era cierto que el emperador Amuk Zakeva requería la presencia de Brigitte en el Gran Palacete donde se habían efectuado ya las despedidas oficiales? De las cuales, ciertamente, sí habían tomado fotos y…

Pues era cierto, no lo había soñado. Tuvo que creerlo cuando ambos quedaron delante del emperador, que contemplaba con amable sonrisa de benevolencia a la bellísima muchacha americana, mientras ella saludaba con una gracia absolutamente sensacional.

—Majestad…

—Me ha alegrado mucho su presencia en Heliópolis, *miss* Montfort —aseguró Amuk Zakeva—. La vi hace unos días, pero en aquel momento no podía conversar con usted como habría sido mi deseo.

—Este es un gran honor para mí, majestad.

—También para mí —aseguró el emperador—. No olvidemos que usted también fue reina.

—Me satisface que su majestad recuerde aquel pequeño episodio de mi vida.

—Fue un acontecimiento en verdad interesante. Por eso, he pensado que quizá podríamos cambiar impresiones de un modo personal sobre el país en el que usted reinó. La estoy invitando a una recepción privada en mi palacio de Kattak, *miss* Montfort.

—Estoy a la disposición de su majestad.

—Muy agradecido. Tengo la seguridad de que la conversación será muy agradable para mí. Dígame: ¿le han gustado los festejos, *miss* Montfort?

—Lo que he podido ver de ellos, sí, majestad. Me he sentido indispuesta dos días, y temo que mis reportajes reflejarán el escaso conocimiento de ellos en algunos puntos.

—Cuánto lo lamento… Espero que se sienta usted perfectamente en la actualidad.

—Perfectamente, majestad, gracias.

—Bien… Supongo que eso significa una considerable contrariedad profesional, ¿no es así?

—Una terrible contrariedad, majestad.

—Me gustaría poder ayudarla… Pediré que le entreguen a usted copias de mi propia colección de fotografías sobre los festejos, y con gusto responderé a sus preguntas sobre éstos en nuestra entrevista de mañana… ¿Le sirve de algo eso?

—Es demasiado, majestad… Yo podría titular ese grandioso reportaje como… LAS FIESTAS DE LAS MIL PRIMAVERAS VISTAS Y FOTOGRAFIADAS POR SU MAJESTAD IMPERIAL AMUK ZAKEVA, y, sin duda alguna, sería una exclusiva mundial que…

—Estamos de acuerdo, entonces. De verdad que me complace poder proporcionarle ese triunfo periodístico.

—Si no contraría a su majestad, quisiera compartir ese éxito periodístico con mi colega y amigo, el señor Pietro Santi.

—Creo que eso es cosa de usted —sonrió el emperador—. Y, por supuesto, refleja una gran generosidad. Espero que ambos tengan la gentileza de escribir bien sobre mi país, *miss* Montfort… ¿Qué es lo que más les ha gustado de Irkan?

—La paz; majestad.

—Sí… —sonrió orgullosamente el emperador—. Verdaderamente, es difícil imaginarse que en Irkan ocurra algo de índole bélica. ¿Me permite un segundo, *miss* Montfort? Parece que hay algo en verdad urgente que yo debo saber…

Brigitte se inclinó, mientras su majestad atendía a un militar de altísima graduación, lleno de medallas por todas partes, que musitó unas palabras muy cerca del imperial oído. Amuk Zakeva palideció ligeramente, asintió, y el militar se retiró. El emperador consiguió sonreír una vez más.

—Sí… —musitó—. La paz es lo importante. Y todas aquellas personas, conocidas o no por mí, que en algún modo hayan contribuido a la de Irkan, tendrán siempre mi reconocimiento.

—Perdón, majestad… Temo… que no comprendo.

Amuk Zakeva no contestó. Su mirada se desplazó en pos del militar que le había informado de algo urgente, y Brigitte miró también hacia allí… Ni un solo músculo de su rostro se alteró al ver que el militar se reunía cerca de una de las ventanas con un árabe barbudo, muy bien vestido ahora a la europea, y que ella conocía perfectamente: Kamel Namir. El cual le sonrió maliciosamente. Cuando la espía más peligrosa del mundo volvió a mirar a su majestad, los negros ojos de éste mostraban una nueva chispa, algo diferente, algo… especial hacia la hermosísima mujer de los ojos azules.

—Quiero decir —aclaró— que no hace falta que una amistad fruto del agradecimiento sea gritada a los cuatro vientos para que sea sincera, sólida y eterna. Irkan, y yo personalmente, nunca olvidaríamos a quién mantuviese la paz en nuestro pueblo. La paz, y la seguridad de nuestros amigos o invitados, *miss* Montfort. No olvide que la espero mañana en palacio.

—No lo olvidaré, majestad —sonrió la espía.

Cuando salieron del Gran Palacete de Heliópolis, Pietro Santi estaba todavía viendo visiones.

—Un reportaje obtenido directamente del emperador… —murmuró—. ¡Pero eso debe ser que me he vuelto loco…! ¿No te das cuenta de lo que eso significa, Brigitte? ¡Las Fiestas de las Mil Primaveras, vistas por su majestad imperial Amuk Zakeva…! No por mí, miserable cazanoticias, sino por un emperador… Bueno, a ti parece no impresionarte esto, porque ya eres famosa en todo el mundo, pero yo… ¡Santísima Madona, voy a ser famoso, ganaré millones de liras, me compraré un chalet en Lido di Ostia…! Por todos los cielos del universo… ¿Cómo has podido conseguir… una exclusiva tan sensacional, tan…?

—Ya te dije que yo siempre tengo mucha suerte —recordó dulcemente la divina espía.

FIN

Notas

[1] Alusión a la novela «EL hombre de las iguanas», publicada en esta colección. < <

[2] Véanse las novelas de esta serie tituladas, respectivamente, «A rey muerto, rey puesto» y «Su majestad Baby». < <

[3] Nueva alusión a la novela «Su majestad Baby». < <